

LEYENDAS TAUMATURGICAS



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes. Premiadas con medalla de Plata en las Exposiciones de Leipzig y Sevilla y de Oro en la de Barcelona.

LEYENDAS TAUMATÚRGICAS



Con las debidas licencias

LEYENDAS TAUMATÚRGICAS

REFERIDAS A LOS PEQUEÑOS
POR
VALERIO SERRA BOLDÚ

CON ILUSTRACIONES DE
ADRIÁN GUAL

291,62



111 X 142

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 :: BARCELONA

Es propiedad
:: del Editor ::

Talleres Gráficos J. BERTRÁN - Año 1933

PRINTED IN SPAIN — IMPRESO EN ESPAÑA

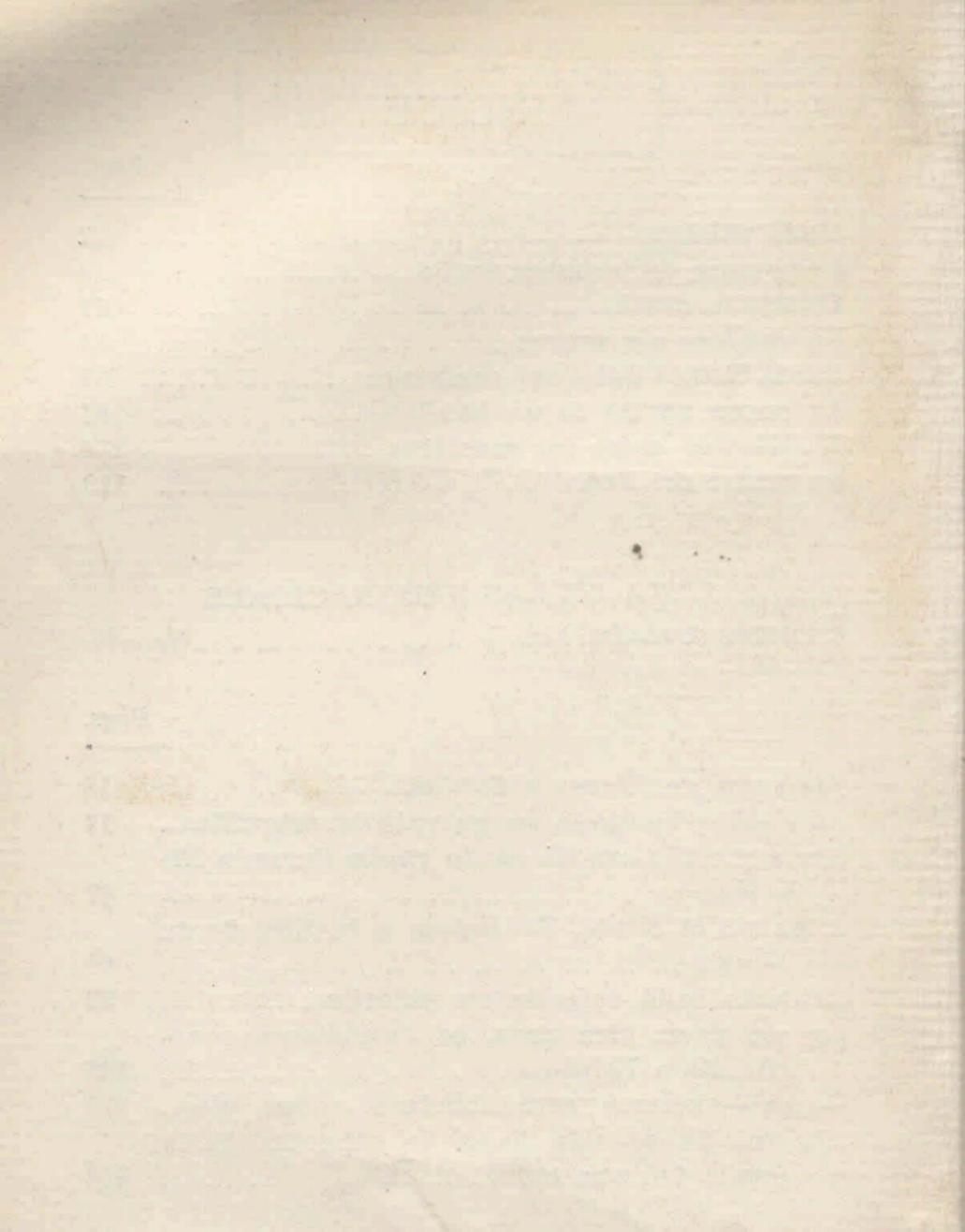
BIBLIOTECA NACIONAL
INDICE
 DE MAESTROS

	Págs.
Unas palabras	VII
El hombre de la barba verde	13
Carnicero cruel... ..	45
La condesa sin brazos	53
Santa Teresa quiso ser confesora	89
La buena acción de un bandido	93
El Maestro entre los maestros	109
La madre del Papa	119

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Emblemas de rendición... Frontis

	Págs.
Atributos de Héroes y Santos... ..	13
...un señor montado en un caballo magnífico... ..	17
...este prelado era un santo varón llamado Nicolás... ..	47
...partió el conde, llevándose a la hija de su alma... ..	60
...cuando salió volando un pajarito... ..	90
...y sin decir otra cosa, se despidieron marchando a Egipto... ..	106
—¡Ah!—exclamó arrodillándose a sus pies... ..	118
...lo que en seguida llamó la atención de la dueña fué una caja... ..	126



UNAS PALABRAS

De entre todos los componentes que abarca la novelística popular, acaso la leyenda sea la que mayores maravillas narrativas produjo.

La leyenda no es la tradición, no es el cuento, aun cuando participe de una y de otro, en lo que a interés del relato se refiere, pero informan su asunto y campean en su desarrollo, todos aquellos elementos peculiares de esta suerte de obras imaginativas hijas de la producción popular, es a saber, ingenio, vaguedad, imprecisión en los contornos y en los detalles, para que sirvan de aliño al hecho maravilloso que le presta su encanto.

Por manera que así indicadas o descritas, que no definidas, las líneas generales de la materia

de las leyendas, se comprenderá cuán cerca están de las tradiciones, en cuanto se refieren a personas, a cosas, a santos o imágenes y a monumentos, etc., que en muchas ocasiones han sido tomados de la realidad, y en otras muchas siguen sus huellas tocante a los elementos esenciales que las integran, siquiera las leyendas hayan llegado hasta nosotros desvirtuadas por incidentes accesorios o secundarios, que la aproximan al cuento o narración fantástica exclusivamente tal; de aquí que ciertas leyendas aparezcan tan repletas de interés y causen tanta emoción como un cuento maravilloso o de encantamiento, porque maravillosas son todas las leyendas, si bien lo sobrenatural de ellas no esté confiado a seres fantásticos sino a héroes ya sea en santidad, ya en hazañas guerreras.

Pese al indicado parentesco con la tradición y con el cuento, sobre ambas cosas destaca la leyenda propiamente dicha, en el sentido de recoger lo bueno y lo mejor de ellos. No desciende, empero, a tratar de asuntos humildes a que a veces se ciñe una tradición, no trata nunca de agudezas, ni serie de ellas, como el cuento, no son sus personajes humildes, sino aristocráticos en

poder o en virtud, de manera que siempre en una leyenda se presenta al protagonista en uno o algunos hechos de su vida ejemplar. Ello ha inducido a considerar como leyendas algunas tradiciones, y a contar como tradiciones, lo que no pasa de leyendas, aun cuando hay tratadistas, como L. Giné Arivau, que ponen a un lado todo cuanto tiene por base un sucedido o un hecho histórico, de líneas y contornos precisos, e incluyen en las leyendas los argumentos que aparecen algo desfigurados e imprecisos en cuanto haya que considerárselos como documentos del pasado.

Viniendo a parar, después de lo dicho hasta aquí, y de lo que pudiera aducirse sobre este tema a la naturaleza de las leyendas que integran este tomito, diremos que no son otra cosa que narraciones referentes a un momento de la vida de un santo, haciendo resaltar lo maravilloso del momento que se presenta encuadrado en la relación, tal como vemos en los "Libros de ejemplos" de la Edad Media, como hace observar Mo-sén Antonio M. Alcover, el ilustre folklorista, si bien alguno de esos ejemplos o leyendas haya llegado hasta nosotros desfigurado en algo de

su verdad histórica porque el constante paso por los labios del pueblo les ha hecho perder su primitiva fisonomía.

La leyenda de San Guillermo, es una maravillosa narración sacada de algún códice antiguo, en donde a la par que se cantan las excelencias del Rosario de María, se pondera la acción de una madre en la formación de su hijo, el temple de su alma al ser víctima de las asechanzas del diablo, para acabar dándole un desenlace a la narración extraordinaria, como para sí la quisieran muchas novelas.

La de Santa Sabina nos da una reminiscencia de cómo la Iglesia verificaba algún tiempo la elección de sus pastores y ello recuerda la elección de San Severo, Obispo de Barcelona.

La de Santa Virginia y Santa Liberata, es el relato de la muerte maravillosa de estas santas.

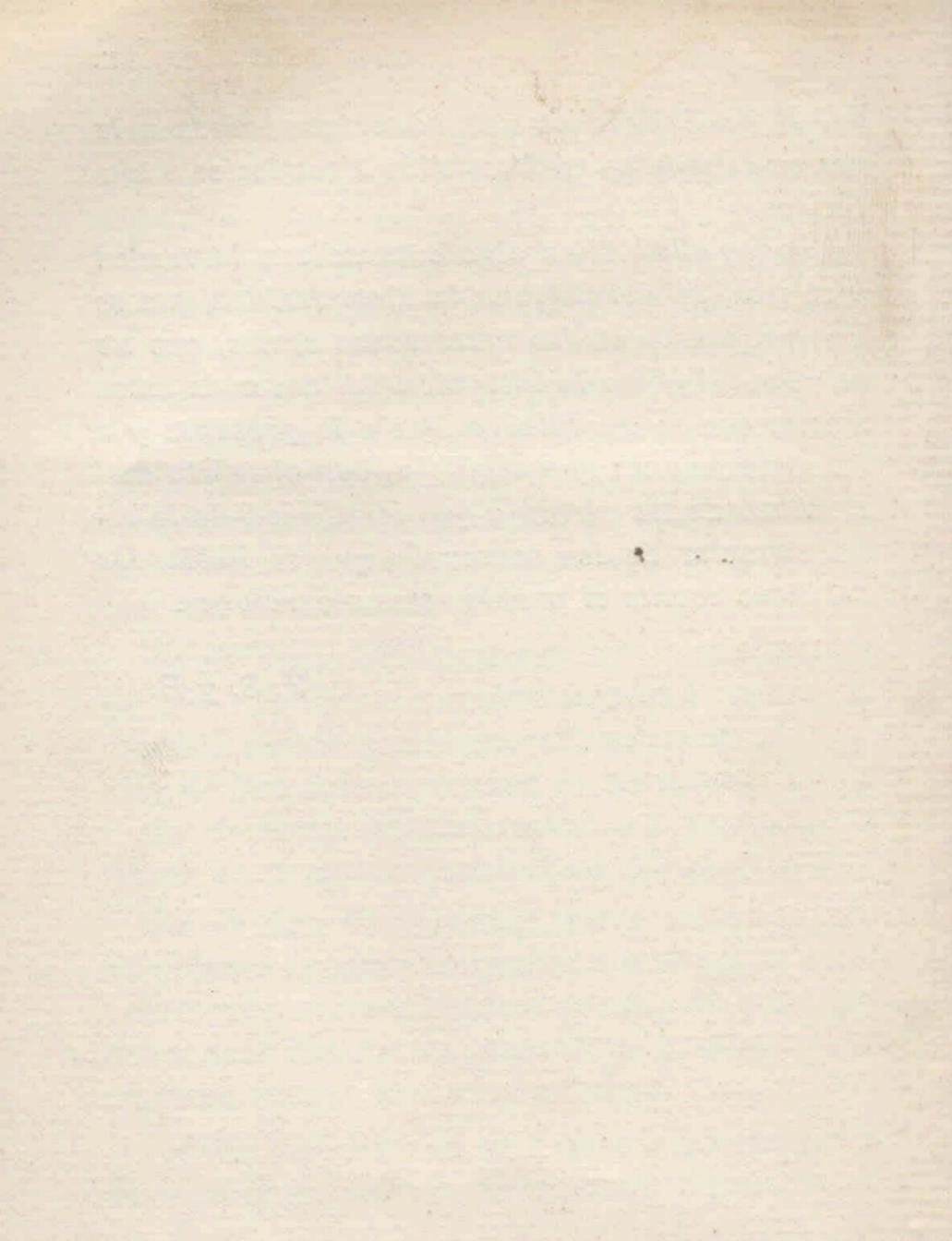
La de San Eloy resulta, tal y como aparece en algunos retablos dedicados a este santo, existentes en nuestros templos, que fueron construídos a expensas de los gremios de plateros y cerrajeros, de que San Eloy es patrón.

La de San Nicolás se refiere a un momento de la vida de este bienaventurado Obispo, y la

del Buen Ladrón es una historieta basada a la vez en elementos tradicionales legendarios e históricos.

Todas ellas, si en algo contradicen la verdad histórica, no desmerecen la ejemplaridad que se han propuesto en las narraciones orales, que no es otra, así como la intención del autor de estas líneas, que la de enfervorizar a la presente y a las generaciones que seguirán, con el relato maravilloso de las virtudes que irradiaban de la vida ejemplar de los santos de que se habla. Es tal como cuenta el pueblo estas narraciones.

V. S. y B.





Atributos de héroes y santos.



EL HOMBRE DE LA BARBA VERDE

Erase que se era en cierta ocasión, una familia rica, muy rica, que tan sólo tenía una muchacha tan linda como bondadosa. Desde muy pequeña la ternura de su corazón y las prácticas religiosas a que se entregaba, hacían presumir que aquella muchacha acabaría sus días en un convento.

A medida que fué creciendo en edad, la presunción de que la niña iba a ser monja, parecía inminente, por cuyo motivo y con objeto de saber a qué atenerse, obligó al padre a decirle:

—Hija mía. Vamos llegando a la edad en que será forzoso que decidas sobre tu por-

venir. Yo no dudo que, como hija obediente, seguirás las indicaciones de tus padres, que no son ni pueden ser otras que las de casarte con alguno de los muchos pretendientes que se han presentado aspirando a tu mano. Si hasta aquí eras muy jovencita para contraer matrimonio, de aquí en adelante es hora de ir pensando en algo.

—Padre mío: yo no he nacido para casada, sino que he venido al mundo para servir y amar a Dios...

—Todo eso puedes hacerlo perfectamente casándote—le atajó su padre sin dejarla terminar—. De otra parte, ¿consentirías que siendo hija única se extinguiera mi nombre?

—No te sulfures, padre, porque no tengo prisa ninguna por hacerme monja.

—Conque monja, ¿eh?

—Sí, es mi mayor y único deseo...

—Pues no cuentes con mi consentimiento—repuso airado el padre.

No se habló en mucho tiempo del caso, pero la niña no cesaba de rogar y de suplicar, encomendándose de todo corazón a la

Virgen María, de quien era muy devota. Sobre todo, pedía luces al cielo para conseguir su propósito, cuando he aquí que se le ocurrió proponer a su padre que accedería a casarse, siempre que se le propusiese un marido que tuviese la barba verde.

Creyó que con ello pediría a su padre un novio imposible y, decidida, pero triste, con aquella tristeza que nunca la abandonaba, se fué a encontrarle.

—Ya que vuestro deseo es verme casada, no quiero disgustaros; pero supongo que no os negaréis a concederme un gusto.

—Sepamos en qué consiste.

—Quisiera que el hombre que haya de ser mi esposo tenga la barba verde.

—No hay en ello inconveniente—contestó el padre—. Yo mismo haré una correría hasta tanto que dé con una persona que tenga esa condición.

Quedaron así apaciguados los ánimos, la niña pareció tranquilizarse, pero no por ello cesó de rogar a la Virgen para que no saliese el hombre de la barba verde, con lo que lograría su sueño dorado de ser monja.



—¡Oh suerte!—repuso el angustiado padre.

—De aquí a ocho días recibiréis el mensajero que os enviaré, y puedo anticiparos que será un gran partido para vuestra hija.

Satisfecho el padre, se despidió del desconocido y regresó a su país, contento como unas pascuas. Explicó el resultado a su esposa y en seguida llamó a Virginia para hacer lo propio.

Ni que a la pobre niña le hubiesen leído su sentencia de muerte, no habría recibido más acongojada la noticia. Un temblor y un espanto se apoderaron de ella, tanto, que apenas podía tenerse en pie; pero disimuló cuanto pudo y pensó que en la oración encontraría el consuelo de sus penas, como tantas veces le había acontecido. Así se lo rogó a Dios, y muy encarecidamente le pidió amparo y protección para que le sucediese lo que fuese más conveniente.

Al llegar el tiempo convenido, se presentó en su casa un señor de barba verde, un señor montado en un caballo magnífico, ajaezado con ricos y costosas guarniciones.

El pretendiente, de porte distinguido, hizo ceremoniosamente su presentación, y los padres de Virginia, pese a la rareza de la barba, quedaron subyugados de la distinción del visitante.

La niña, que algo barruntó, estaba orando y fervorosamente redobló sus plegarias y cuando fué llamada por sus padres, salió repuesta y decidida y aun cuando tuvo que tragar mucha saliva, otorgó su consentimiento ante la repugnancia que ello le producía.

Como ocurre en casos semejantes, concertaron el día y la hora de la boda, y el padre, a fuer de padre amante de su hija, a quien quiere asegurar un buen porvenir, pidió noticias al pretendiente acerca de su procedencia y su fortuna

El de la barba verde repuso:

—Habéis de saber que vivo en país muy lejano, tanto, que al menos se necesitan dos días para llegar allí. Poseo grandes riquezas, porque soy hijo único y mi familia se compone de la madre, de una tía y yo. Nuestra morada señorial la compone un gran pa-

lacio rodeado de jardines, y tiene muy cercano el pueblo a que pertenece. Como sea que mi casa está tan lejos y mi madre y mi tía no están en edad de exponerse a un tan largo viaje, he venido solo con ánimo de que hagamos aquí la boda, para trasladarnos después de efectuada a mis posesiones.

A ello añadió todavía tantas otras cosas, que les dejó convencidos del todo, y Virginia no tuvo otro remedio que prestar obediencia a sus padres.

Ni el estado de ánimo de la muchacha se prestaba a celebrar una fiesta pomposa, ni por otra parte el novio la deseaba, así que a los pocos días de llegar el extranjero sin ningún aparato se trasladó la familia al templo y se casaron.

Pero las campanas doblaron a fiesta y la gente curiosa acudió a la iglesia para estar al tanto del acto que se celebraba. Pudieron ver que se había celebrado la boda de Virginia con un joven forastero y, por lo mismo, se dispusieron, según usanza del país, a visitar a los novios para darles el parabién.

Singularmente la novia había quedado

más muerta que viva; estaba como atontada y respondía maquinalmente a cuantas palabras se la dirigían, pero los padres cuidaron de hacer las cosas en regla, sobre todo en unos desposorios de gente principal. De aquí que repartiesen dulces y golosinas a diestro y siniestro, porque los padres de Virginia no tenían otra hija a quien casar, y porque se habían salido con la suya de sacarle de la cabeza la idea de encerrarse en un convento.

Verificada la ceremonia, quedaron otros detalles, de los que no pudo escaparse Virginia, como fué el pasearse por el pueblo yendo a casa de parientes y amigos a darles a conocer su esposo.

El padre decía, excusándose con el novio:

—Son costumbres del pueblo, que en modo alguno podemos dejar de practicar.

A lo que contestaba el otro:

—No importa, me atengo al refrán que dice: "Adonde fueres, haz lo que vieres."

En consecuencia, fué el novio allanándose a cuantas peticiones en ese sentido le ha-

cían sus suegros y, atento y galante, iba cumplimentando a cuantas personas le llevaban a visitar o de quienes recibía la visita. Indicó al cabo de poco las ganas que tenía de llevar a Virginia a su castillo, porque sabía fundadamente—decía—que su madre y su tía estaban ansiando abrazarla.

Grande fué el disgusto de Virginia al tener que casarse, accediendo a la promesa que a su padre le hiciera; duro trance el que suponía el recibir parabienes por un acto que le repugnaba en gran manera y que sólo la obediencia de hija le hizo consentir; pero nada fué comparable con la tristeza que iba apoderándose de ella al ver acercarse el momento de partir, dejando solos a sus padres, para marchar ella a tierras lejanas y desconocidas.

Cuando le acometía tal pensamiento y veía llegar el momento de la separación, se entristecía de muerte, pero en medio mismo de su aflicción, elevaba los ojos al cielo y exclama:

—¡Dios mío, puesto que lo habéis querido así, hágase vuestra voluntad!

Y después de encomendar su suerte al cielo sentíase más tranquila, si bien tenía momentos de desolación al pensar en la extraña manera cómo se había efectuado su casamiento con aquel singular sujeto, y mayormente la apenaba la aparente tranquilidad de sus padres, que cada vez estaban más encantados de aquel singular desconocido que iba a dejarles en la más espantosa soledad, so pretexto de que habían accedido a los deseos de casar a su única hija con un hombre de barba verde.

En más de una ocasión al verla triste, su padre la decía para animarla:

—De modo, hija mía, que ya estás casada con un hombre de la condición que preferiste...

—Padre mío; echada está mi suerte, será de mí lo que Dios quiera, pero no toméis a broma mi desconsuelo.

—Una persona que se ha casado a gusto no debe estar triste.

—No hablemos de ello, padre.

Y no se hablaba de momento, pero éste

o un diálogo parecido se cruzó entre padre e hija, algunas veces.

Vino el momento de partir, y todos se esforzaron en disimular la contrariedad, de modo que quien les hubiera visto abrazarse pudiera haber creído que se trataba de un paseo que emprendía Virginia para regresar al cabo de poco rato.

Marcharon, fueran alejándose por caminos y vericuetos en lugar de pasar por caminos brillantes. A Virginia no le tocaba la camisa al cuerpo al ver que por momentos se hacía más áspero y difícil el viaje.

En un principio sostuvo alguna conversación con su marido, pero a la postre se armó de valor y le dijo resueltamente:

—¿Adónde me llevas? ¿Vamos, o no a tu casa?

—Sí; querida niña, sí—contestó afablemente, como tenía por costumbre.

No quedó Virginia totalmente convencida, pero se resignó a esperar los acontecimientos, y redobló las oraciones que mentalmente iba dirigiendo a Jesucristo y a su Santísima Madre.

Se hacía el propósito de no preguntarle nada más, pero se le acabó la paciencia cuando tras de atravesar un bosque sombrío o de escalar una montaña, se ofrecía una y otra vez igual perspectiva y no veía ni por asomo ni una casa ni un camino.

Entonces, indignada, le preguntó:

—Dime de una vez, te lo ruego, ¿adónde me llevas?

—¡Pues a mi casa!

—¡No lo parece, a fe!

—Mira podemos detenernos y comer algo.

Y entonces se apeó y ayudó a su esposa a hacer lo propio y comieron algo de las provisiones que llevaban.

Pues señor, volvieron a emprender el viaje y anduvieron, anda que te anda, una, dos y más leguas, siempre por despoblado, y Virginia, que no cesaba de orar, interrumpió sus plegarias, y le dijo a su marido, dejando manifestadas su impaciencia y su desconfianza:

—¡Hasta cuándo va a durar este viaje! Dime, por Dios, ¿adónde me llevas?

—Ya te dije antes que te llevo a mi casa.

—Está bien, pero ¿dónde se encuentra por estos andurriales?

—Mira, no me preguntes nada más, que va ya acercándose y en cuanto se divise ya te advertiré.

Así lo hizo Virginia; enmudeció totalmente, pero digo mal, que su lengua no se mantuvo quieta, antes al contrario, dióse a encomendarse a Dios y a la Virgen con todo ahinco, creyendo a pies juntillas que nada bueno le era dado esperar de aquel misterio con que habían ido desarrollándose su casamiento y su viaje.

Después de mucho andar todavía, llegaron por fin a una planicie en cuyo lejano fondo se divisaba una casa medio oculta entre unos frondosos árboles

—¿Ves aquel castillo que asoma a lo lejos?

—Sí.

—Pues ese es el punto adonde nos dirigimos—tal respondió el marido de Virginia.

Pero ésta no pudo aguantar su desagradable impresión y le objetó:

—¿Y es allí donde vives con tu familia? ¿Por dónde pasa el pueblo cercano de que hablastes? ¡Ay, Dios mío, cómo me has engañado! ¿Qué será de mí?—Y con más fervor que nunca dióse a rezar, encomendándose a todos los santos de su devoción.

Ganaron la distancia que les separaba de aquella suerte de castillo o fortaleza y viendo la soledad de que se rodeaba aquel paraje y notando que no había por allí señales de vida, exclamó la chica:

—¿Y dónde están tu madre y tu tía que no salen a recibirnos?

No quiso o no supo seguir ocultándole la verdad por más tiempo y le dijo con la mayor amabilidad, con la misma amabilidad por él empleada, estando con sus padres:

—Mira; hasta aquí te he engañado, pero no quiero seguir ocultándote la verdad. Vas a saber exactamente la verdad de todo: yo no tengo familia alguna y vivo solo en este castillo, pero nada has de temer por tu felicidad. No ha de faltarte nada y vivirás dichosa.

Poco nuevo le contó a Virginia que no

lo hubiese presumido y sin desplegar ya más los labios llegaron al castillo.

Se apeó él primeramente, ayudó a hacerlo a Virginia y conducido el caballo a la cuadra subieron al castillo, dando a su paso instrucciones a la pobre niña para que supiese dónde y cómo debía encontrar cuanto le fuese menester, pero al llegar ante una puerta forrada de hierro, le dijo dándole un manojo de llaves:

—De todo cuanto has visto y cuanto te falta ver eres dueña absoluta y puedes entrar por donde se te antoje, únicamente te prohibo que abras nunca esta puerta y trates de penetrar en el aposento que cierra. Te lo encarezco de veras, por tu bien y el mío, y sólo haciéndolo así, nada ha de faltarte para ser feliz. Tus quehaceres se reducen a tenerme preparada la comida a las horas de costumbre, con la más estricta puntualidad, y cumpliendo cuanto te digo, eres dueña absoluta de pasearte y de hacer cuanto te venga en gana.

Dicho esto, se fué a su quehaceres.

—¡Loado sea Dios!—pensó ella. Y la po-

bre quedó diciéndose en qué vendría a parar aquella terrible decisión de sus padres, de casarla con un desconocido que la había conducido a un lugar deshabitado, expuesta a Dios sabe qué peligros. Y como en casos parecidos le acontecía, al no vislumbrar solución, se encogía de hombros y miraba al cielo diciendo. ¡Apiadáos de mí, Dios mío!

Pues señor, sucedió un día que después de desayunarse, marchó su marido como tenía por costumbre desde que llegaron allí.

Hacía un buen rato que estaba sola preparando la comida, cuando con una extrañeza imposible de contar, oyó aquella dulce plegaria con que las almas buenas excitan a la caridad:

—¡Ave María Purísima!

El corazón de Virginia se llenó de júbilo, y ni corta ni perezosa corrió a abrir la puerta, contestando solícita:

—¡Sin pecado concebida!

La que tal llamó era una viejecita; añadió en seguida:

—¡Una limosna, por Dios!

—¡Entrad, buena mujer, entrad y os daré cuanto necesitéis!

Su buen corazón se alegró en grande. Sobre ser la primera persona con quien podía hablar en aquellas soledades, su compasivo corazón con los pobres de Jesucristo, le hizo conducir a su visitante hasta la cocina de la casa, donde le sirvió un buen almuerzo con solicitud y la amabilidad en ella habituales.

La sola presencia de la desconocida le dió ganas de hablar, por lo que fué su primera pregunta:

—¿Cómo habéis venido a parar a estos desiertos?

La viejecita, que no era otra que la Madre de Dios, le contestó:

—¡Ay, pobre niña! ¡Ya sabes con quién te has casado! ¿Sabes quién es tu marido? ¡Ay, hija mía! Te han engañado vilmente. ¿Te gustaría ver a tu marido?...

La niña confiése a la viejecita y le dijo ansiosa:

—¡Sí; quiero verle! Decid, ¿dónde está?

La mujer, tomando a la niña de la mano, condújola ante la puerta forrada de hierro,

cuya apertura tan terminantemente la tenía prohibida, y dijo:

—¡Aquí!, aquí pasa tu marido las horas que no está a tu lado.

Pero horrorizada la muchacha ante la prohibición de su marido, retrocedió un paso, diciendo a la viejecita:

—Si está ahí dentro he de renunciar a saber en qué se ocupa. Me tiene absolutamente prohibido abrir esta puerta y yo no quiero contrariarle, porque es lo único que me prohibió.

Pero la Virgen la consoló diciéndola:

—¡Nada temas, hija mía! Tú podrás ver a tu marido, permaneciendo tú invisible para él. Está harto ocupado en su faena para que llegue a percibirse de nosotras. ...

Y sin necesidad de la llave, la Madre de Dios abrió aquella puerta, que no era otra que una de las puertas del infierno, y entonces pudo la muchacha contemplar a su marido en mangas de camisa, desmelenado, quien con cara feroz iba atormentando horquilla en mano a los desventurados que ha-

bían ido a parar allí. (Dios nos libre de él, ¡amén!)

Cuando Virginia vió aquella terrible escena quedó medio muerta de horror, puesto que se había convencido que su esposo era nada menos que el diablo. Pero la viejecita que no la dejó de la mano ni un instante, la sacó de allí, tornando a dejar la puerta tal como estaba antes de penetrar en el infierno.

Entraron en el recibidor y la viejecita dijo a la niña:

—¡Ya ves, hija mía, de qué manera te han engañado!

—Sí; ahora comprendo el engaño de la barba verde; mas decidme: ¿Cómo podría huir de aquí?

La viejecita, que no a otra cosa había ido al castillo, ante la insistencia de las plegarias de Virginia, díjole:

—Ahí tienes esta carta y se la das a tu marido en cuanto venga a comer, diciéndole que la ha traído una mendiga. En ella se dice que tu padre está aquejado de una enfermedad y creyendo llegado su última hora

quiere despedirse de ti, por lo que te ruega que te pongas en camino, sin perder tiempo en compañía de tu marido. El accederá al último ruego de un moribundo y sin demora os pondréis en camino.

Así que hayáis viajado un buen trecho, daréis con un arroyo de agua cristalina y entonces le pides que te baje del caballo para saciar tu sed. A la vera misma del arroyuelo verás que se te aparece una cruz de piedra y tú no has de hacer otra cosa que abrazarte a ella, con lo cual ahuyentarás a tu marido, que nada quiere ni puede contra la cruz.

Ahora te vas a prepararle la comida, y compórtate de tal manera que nada pueda entender del plan y en cuanto llegue a comer le entregas la carta.

Dicho esto, desapareció la viejecita.

* * *

A la hora de comer llegó el marido y ella puso los manjares en la mesa, entregándole

la carta, que le dijo había traído una mendiga.

El diablo se la leyó y ante la súplica del padre enfermo le dijo que no podían por menos de ir a visitarle, por lo que le dijo que estuviese dispuesta para emprender el viaje al día siguiente.

—Cómo quieres que emprenda yo sola un viaje tan lejano ¿No podrías acompañarme tú?—repuso Virginia.

—¡Bien! Te acompañaré yo—repuso el marido.

Al día siguiente sacó él el caballo de la cuadra y después de ensillarlo ayudó a montar a Virginia, subiendo luego él de un salto. Ella iba serena y confiada con el aspecto de tristeza que las circunstancias imponían, y él procuraba decirle algunas palabras de consuelo. Empero ella tenía el corazón puesto en Dios y no cesaba de rogarle que le sacara en bien de la empresa.

Hacia ya unas cuantas horas que viajaban cuando tuvieron que parar cerca de un arroyo de agua clara, que invitaba a beber.

Al contemplar el manantial, le entraron a Virginia grandes ganas de probarla.

—¿Quieres bajarme del caballo? Tengo muchas ganas de beber.

—Anda, mujer, anda, ya beberás en otro arroyo que encontraremos—contestó el diablo.

—No; déjame beber en éste, porque me estoy muriendo de sed.

—¡Anda, pues, bebe aquí!, . . .

Y diciendo esto da un brinco y ayuda luego a bajar a Virginia.

Así que la niña se acercó al arroyo, se le aparece una cruz de piedra muy bien labrada, a la cual se abraza súbitamente.

Instantáneamente desaparece el diablo, cual si lo hubiese tragado la tierra, y al mismo tiempo empieza a llover copiosamente.

Un zagal que huía corriendo de la lluvia fué visto por Virginia y se puso a llamarle:

—¡Niño, ven aquí conmigo y no te mojarás!

El niño se acercó a la cruz, viendo con el consiguiente estupor que mientras seguía lloviendo, ella tenía la ropa totalmente seca,

y a él mismo se le había secado instantáneamente con sólo cobijarse al pie de la cruz.

Así que paró de llover le dijo Virginia al niño:

—Ahora te vas hacia el pueblo, preguntará por casa de mis padres, que se llaman tal y tal y les dices: de parte de Virginia —que es quien te está hablando— que vengan aquí a buscarme en procesión.

El muchacho dió las gracias a Virginia y se marchó hacia el pueblo

Poco rato hacía que el chico había marchado hacia el pueblo cuando empezó a caer pedrisco.

Pasaba un hombre con su borrico y tanto les maltrataba el pedrisco, que Virginia le llamó:

—¡Buen hombre!, venid acá donde estoy para que podáis guareceros vos y vuestro borrico.

Va el labrador al pie de la cruz y así que se acerca a Virginia observa que, en efecto, allí no caían piedras, mientras fuera del zócalo donde se asentaba la cruz, seguían cayendo copiosamente.

El hombre no volvía en sí de su asombro, y en cuanto hubo terminado la tormenta, igual que al niño le rogó que fuese al pueblo donde moraban sus padres, para decirles de su parte que fuesen a buscarla en procesión.

El hombre, agradecido al favor que le dispensara cobijándole bajo la cruz, se marchó a cumplir el encargo de Virginia.

Hacia un momento que se había marchado el labrador, cuando se puso a nevar copiosamente, de tal manera, que en muy poco rato quedó tendido sobre la tierra un manto de armiño.

Al punto que empezó a nevar, acertó a pasar por allí una mujer con un haz de leña al hombro.

Virginia dió voces y se hizo oír de ella:

—¡Eh, buena mujer, venid a mi lado, que no os alcanzará la nieve!

Llegó allí junto adonde estaba Virginia abrazada a la cruz, y de súbito quedó libre de la humedad que paralizaba sus miembros, quedando seca su ropa y la leña que transportaba.

Dióle las gracias por haberla llamado allí,

librándola del frío que se dejaba sentir y observó con estupor que mientras alrededor de la cruz no caía un solo copo de nieve, seguía nevando con toda intensidad.

Cesó de nevar.

Al expresarle Virginia sus deseos de que fuese a casa de sus padres para significarles su deseo de que fuesen a buscarla en procesión, la mujer dijo que cumpliría el encargo con el mayor gusto.

Marchó hacia el pueblo y en lugar de andar sobre una gruesa capa de nieve, parecía que se deslizaba sobre un terreno seco y alfombrado, así como le había acontecido al labrador, para cuyo viaje no fueron obstáculo las piedras que cayeran antes, y lo mismo sucedió al zagal que a pesar de haber salido de junto a la cruz después de haber caído fuerte lluvia, halló el camino seco y sin humedad alguna.

* * *

Pues señor, cuando el muchacho llegó al pueblo de donde Virginia era natural, no fué primeramente a contar lo sucedido a la ca-

sa de los padres, sino que lo relató a los primeros vecinos que halló a su paso. Todos quedaban con un palmo de boca abiertā y unos a otros iban contāndolo, con lo cual corrió la noticia como un reguero de pólvora.

Los padres de Virginia que sabían mejor que nadie cuanta era la bondad que la niña atesoraba, escucharon embobados las noticias, de tan singular manera transmitidas, por lo mismo que iban acompañados de un prodigio. Le pedían al muchacho uno y mil pormenores, pero el chico, cual si hubiera aprendido una lección, decía y repetía:

—Llovía mucho cuando acerté a pasar ante una cruz, a la cual estaba abrazada una muchacha. Como yo me mojaba mucho, me llamó para que me cobijara, y ha sucedido que tan pronto como he llegado a ella se me secó la ropa y ya no he sufrido más de la lluvia. Cuando cesó de llover me marché, encargándome ella que viniese a deciros que fueseis a buscarla en procesión.

El relato, además de los padres de Virginia, oyéronlo mucha gente, que se había con-

gregado allí, atraídos por la novedad del caso, y mientras unos torcían el gesto en señal de duda, otros prorrumpían en exclamaciones de asombro y aun otros se reían francamente del prodigio.

En esto, llega un labrador, quien, encarándose con los padres de Virginia, les dice:

—No dudéis un solo momento de cuanto os acaba de decir este chico, yo vengo a confirmarlo y a deciros el prodigio de que he sido testigo, puesto que en ocasión de caer un gran pedrisco he pasado por cerca de donde se levanta una cruz de piedra, a la cual estaba abrazada una muchacha, que al verme me llamó para que fuese a guarecerme donde ella estaba. Llego allí y no me alcanzó ninguna piedra y aun cuando estaba el suelo sembrado de ellas, no me molestaron lo más mínimo ni tropecé con ninguna de ellas. Cumplo el encargo—acabó diciendo—de venir a deciros que vayáis a buscarla en procesión.

La gente que tal escuchó empezó a fruncir el ceño en señal, mitad de duda, mitad de convencimiento, porque ya no era sólo

un muchacho quien daba cuenta del prodigio, sino un hombre reputado de formal. Los padres de Virginia, sobre todo, estaban dispuestos a solicitar el concurso de las autoridades, y si algún recelo les hubiese quedado, se desvaneció al oír a una mujer que con un fajo de leña en la cabeza llegaba a la casa de los padres de Virginia y ante la atónita concurrencia, dijo:

—Me encargó Virginia que fueseis a buscarla en procesión.

Preguntada en qué circunstancias le dió el encargo, contestó:

—Nevaba copiosamente, y al pasar junto a una cruz que hay al pie del camino, me llamó la muchacha para que fuese adonde ella se cobijaba para librarme de la nieve. Cuando llegué allí se me secó la ropa y al cabo de un rato cesó de nevar y salí hacia el pueblo.

Ante tantos testimonios, los padres fueron a ponerlo en conocimiento de las autoridades, acompañados de los mensajeros de su hija. Repitieron éellos lo acaecido ante el alcalde, el rector y el obispo, y en su vista,

cada cual por su parte se dispuso a preparar un lucido cortejo.

El alcalde mandó hacer un pregón ordenando al vecindario que se aperciese a concurrir a la procesión; el rector fuese a la iglesia a hacer los preparativos del caso, y cuando estuvo todo en su punto, llegó el obispo.

Salió la procesión con toda la pompa de que la población era capaz. Las campanas se echaron al vuelo, se alinearon las autoridades a las religiosas de un convento, y chicos y grandes concurren a ella.

Llegados al lugar del suceso, todo el gentío pudo ver a Virginia abrazada a la cruz. Entre transportes de alegría rodeáronla, pero como ella no se desasía de la cruz, el obispo la dió la mano, pero fué en vano, en modo alguno logró su objeto. Se pensó que el párroco pudiera lograrlo, pero fué inútil; fueron allí sus padres y de ninguna manera lo consiguieron. Fué allá el alcalde, y tampoco se adelantó nada. Probó suerte la superiora del convento, menos; parientes, amigos y conocidos probaron de arrancarla del

punto donde estaba abrazada a la cruz, pero de manera alguna pudieron lograrlo.

Sonriente Virginia y ante la ineficacia demostrada por unos y por otros, dijo:

—¿Todo el pueblo ha venido?

—¡Todo el pueblo!—contestaron.

Cada cual iba pensando en las omisiones que se hubieran podido padecer, y solamente la superiora del convento hubo de decir:

—Nosotras hemos venido, todas las religiosas hábiles de la comunidad. Únicamente se ha quedado en casa una pobre monja enferma y achacosa, algo privada de conocimiento, pero es inútil que se piense en hacerla venir.

—¡Qué va a ser inútil! Idos a buscarla, porque ella va a ser quien me saque de aquí—contestó Virginia.

Corren a buscar a aquella monja que al parecer ninguna importancia tenía, y no hace otra cosa al llegar allí que abrazar a Virginia y sacarla, dándole las manos.

Bajaron las escaleras de la cruz y sucedió que al bajar el último peldaño vinieron

al suelo, cayendo muerta, pero despojadas de su vestidura terrena.

Un rayo potente de sol las envolvió, dejándolas resplandecientes como un ascua de oro.

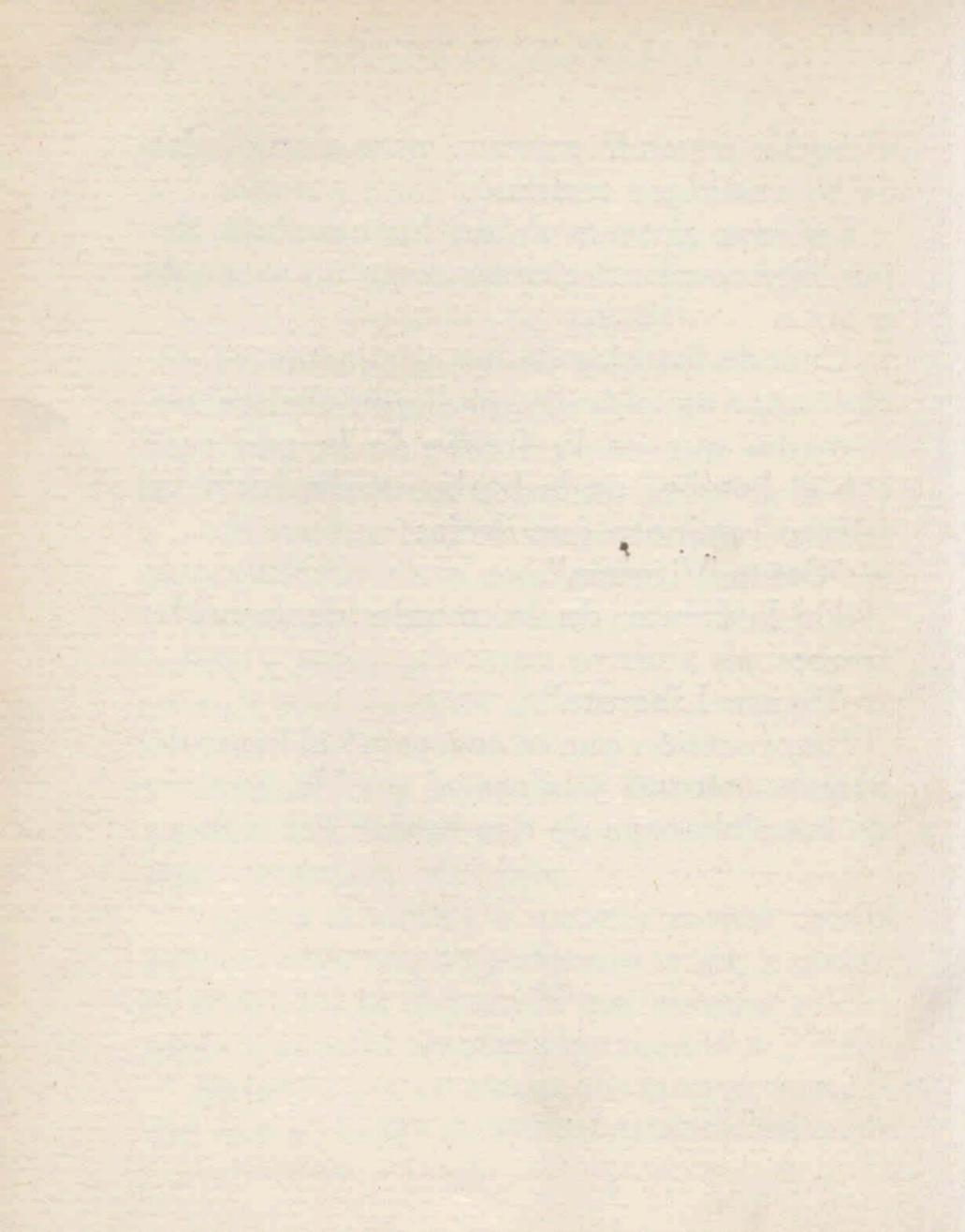
Cuando los ojos de los circunstantes, cegados por aquel brillo, pudieron abrirse, observaron que en la frente de la que casó con el hombre de la barba verde, lucía un letrero luminoso que decía:

“Santa Virginia”.

En la frente de la monja decía un letrero:

“Santa Liberata”.

La procesión que se encaminó al lugar del suceso, retornó jubilosa al pueblo, cantando las alabanzas de dos santas del cielo.



CARNICERO CRUEL

Erase en una población de segunda categoría un carnicero que se había dado buena maña en presentar con toda pulcritud las reses que sacrificaba, de tal manera que la gente acudía a su tienda con preferencia a las de su clase.

En ella podía surtirse de buenas carnes de cordero, carne fresca de cerdo, además de sabrosos embutidos.

Su tienda estaba situada en un arrabal de la población y en ciertas horas de la tarde cuando el trabajo de su casa lo permitía salíase a pasear por un bosque vecino. Era hombre sanguinario y cruel.

Un día regresaba de su paseo y encontró

a tres niños que se habían extraviado por el bosque, y ante la idea que de súbito le sugirió el diablo, de degollarles y venderles como carne fresca, les preguntó muy amablemente.

—¿Adónde vais, hijos míos?

—A nuestra casa.

—¿Dónde está?

—¡Oh, nos hemos extraviado!

—No tengáis cuidado alguno. Yo os llevaré a mi casa, donde pasaréis la noche, y así que amanezca os enseñaré el camino. Mi esposa se alegrará mucho de poderos servir la cena y ofreceros albergue.

Los pobres angelitos, confiados en las engañosas palabras del hombre, se dejaron conducir a su casa, y la taimada de su mujer, comprendiendo las perversas intenciones del carnicero, les preparó la comida y les dió de cenar.

Al punto de media noche aquellos niños fueron degollados y metidos entre sal dentro de un cubo.

Por mucha que fuese su maldad en modo alguno se atrevieron al día siguiente a ven-



...este prelado era un santo varón llamado Nicolás...



der su carne entre las de carnero y de cerdo.

Como la conciencia les remordía tampoco al otro día y al otro se atrevieron, y así pasó un mes y otro mes y un año y otro, hasta que transcurrieron siete años, y yendo un día a paseo se encontró el carnicero con el obispo de la diócesis.

Este prelado era un santo varón llamado Nicolás, de cuya caridad se pregonaban cosas estupendas, y de cuya bondad podían convencerse cuantas personas le hablaban. Viajaba siempre a pie, de un pueblo a otro, dejando en todos ellos la semilla del bien.

Así que ve al obispo, corre el carnicero a besarle la mano.

—¡Oh!, nuestro señor obispo, estaréis muy cansado del camino.

—No mucho, no mucho—contestó bondadoso .

—¿Queréis aceptar nuestro albergue para descansar y pasar la noche? Os la ofrezco de todo corazón.

—¡No lo dudo, no lo dudo!—repuso el prelado.

Alborozado el carnicero, saltó de contento.

—¡Vamos, que la alegría que yo siento la compartiré conmigo mi mujer!

—Vamos allá; acepto con gusto su ofrecimiento.

Ambos se encaminaron hacia el pueblo.

Al llegar a él, como si la noticia hubiese sido pregonada, fueron no pocas las personas que fueron a saludarle, acompañándole hasta la casa del carnicero, donde el santo obispo aprovechó la ocasión de evangelizar a sus buenos oyentes que se habían congregado allí en no escaso número.

Entretanto, la carnicera, gozosa y contenta de la distinción que les dispensaba el señor obispo, hospedándose con ellos, se dispuso a echar la casa por la ventana, a cuyo efecto preparó una opípara cena.

Llegada la hora de retirarse quedaron solos el obispo y los carniceros.

La mesa estaba puesta y salió la mujer de la cocina con una fuente humeante.

—¿Vamos a cenar, señor obispo?

—Vamos.

Sentáronse. El obispo tomó un plato de sopa y a continuación unas hojas de ensalada, dando por terminada su cena.

Le instaron para que comiese unas chuletas, pero fué en vano. Le ofrecieron manjares y más manjares, pero no hubo manera. Sacaron huevos pasados por agua, pero no quiso probarlos.

Marido y mujer porfiaban que aquello no había sido una cena, sino el principio de ella.

Entre uno y otro fueron brindándole lo más exquisito que se les ocurrió, diciéndole cuán contentos quedarían de que comiese de todo lo que le ofrecían, porque no había nada en la casa que, empezando por ellos mismos, no estuviese a su disposición.

—¡Ah, muy bien! En ese caso, tomaré una poca de carne...

—Pedid la que más os agrade, señor.

El obispo, que se había sentado frente a una puerta que permanecía cerrada, dijo señalándola y con tono convencido y resuelto:

—Quiero un poco de aquella carne salada

que tenéis conservada en un cubo ahí dentro.

El carnicero y su esposa, más blancos que la cera, no acertaron a decir otra cosa que:

—No, no tenemos carne salada, sino en la tienda.

—Sí, sí; dadme de aquella carne que salasteis siete años hace.

Más muertos que vivos iban replicando:

—No, no la tenemos...

—Sí la tenéis, la de aquellos niños a quienes degollasteis después de atraídos aquí con la mentira de que les ibais a dar albergue durante la noche.

La acusación del obispo Nicolás era tan contundente, que ambos esposos quedaron aterrorizados sin hallar palabra que contestar.

Perdido el tino, e inconsciente de lo que hacía, el carnicero entró en el almacén, donde estaba la salazón, para rehuir la presencia del obispo, pero como el santo había ido allí atraído precisamente por la salvación de aquellas dos almas que habían cometido un

crimen tan horrendo, siguió tras él y encarándose con el carnicero y le dijo:

—¿Por qué me huyes? ¡Anda!, dime la verdad y Dios te perdonará.

El carnicero, demudado su rostro confesó al fin que sí, que tentado por la avaricia había atraído a su casa a los tres niños que andaban perdidos por el bosque, pero que el remordimiento le había privado de vender sus cuerpos, como carne salada, que de todo corazón se arrepentía del crimen cometido.

Y señalaba el cubo donde estaban los cuerpos de aquellos angelitos.

San Nicolás se dirigió hacia el cubo y haciendo la señal de la cruz conjuró:

—Niños, mis queridos niños que dormís ahí, levantaos en nombre de Dios.

Salió uno de ellos, restregándose los ojos.

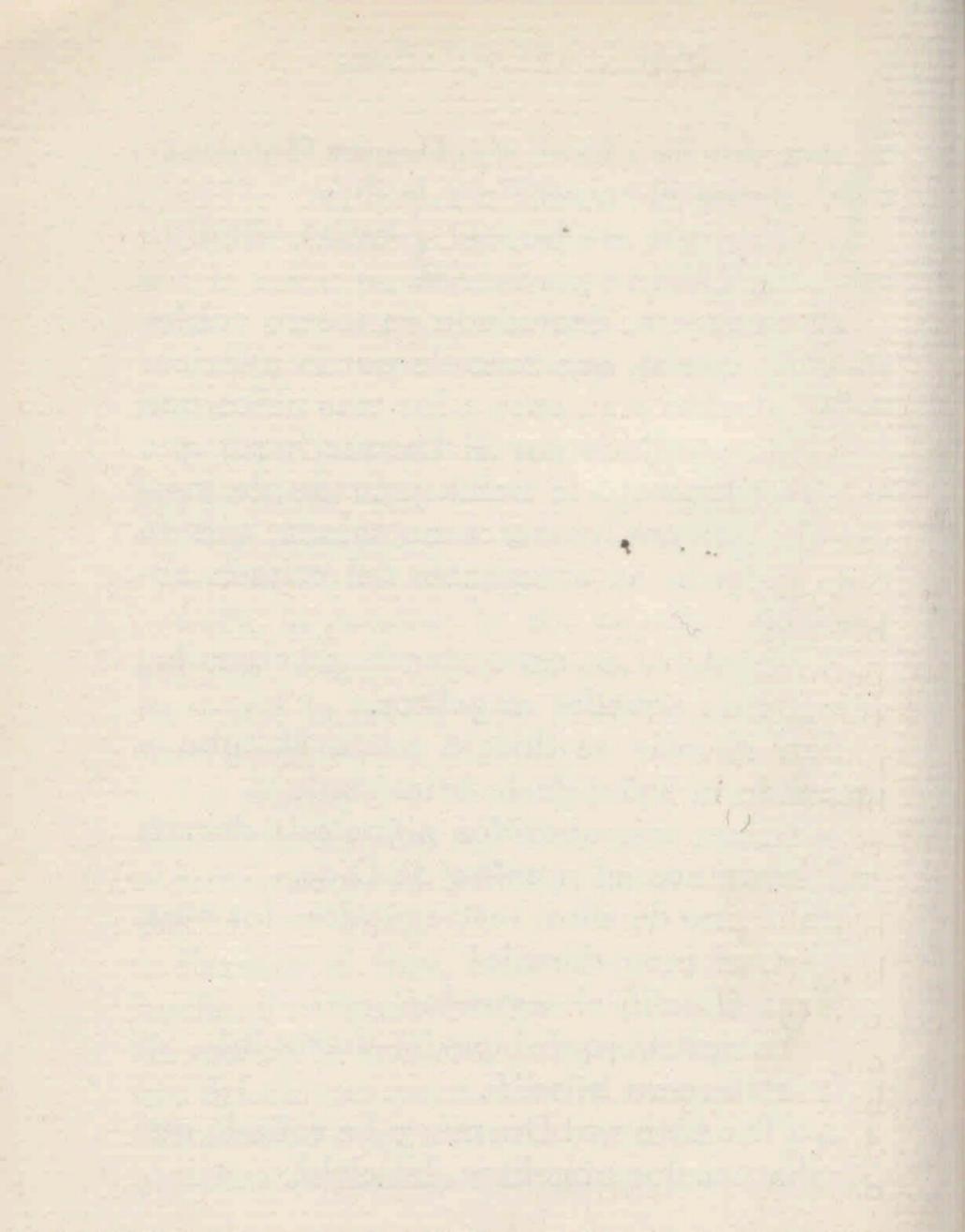
—¡Qué bien dormía!

Tras él salió el segundo:

—Yo igual, ¡qué bien he dormido!

Y el tercero añadió:

—¡También yo! Dormía y he soñado que jugaba con los angelitos del cielo.



LA CONDESA SIN BRAZOS

Allá en los tiempos de Mari Castaña había un conde de muy antigua y noble cuna, pero tan dado era al juego, que su fortuna fué quebrantándose hasta el punto que en pocos años vino a reducirse tan considerablemente que le quedó lo justo para no morir de hambre.

Estaba casado con una santa mujer, más buena que el pan. Vió con pena el desmembramiento de su patrimonio, pero no se la oyó exhalar una queja, ni dirigir un reproche al mala cabeza de su marido. Se quejaba en silencio y todos sus desahogos se reducían a rogar, a pedir al cielo que se apiadase de sus penas.

Este matrimonio no tenía hijos, pero en más de una ocasión, marido y mujer ansiaban este don celestial y en cuanto a la condesa no era raro oírla:

—¡Qué dichosa hubiese sido con un hijo!

He aquí que un día retornaba el conde a su castillo pensativo, con la idea de procurar dinero con que saciar su desmesurada afición al juego, que le obsesionaba y le hizo destruir junto con su hacienda el más preciado don de la felicidad doméstica, cuando dió de manos a boca con un caballero muy bien vestido que se puso ante él súbitamente.

El conde, repuesto del susto, díjole al desconocido, haciendo ademán de empuñar la espada:

—¿Qué me quieres? ¡Habla!

—Poca cosa, leo en tu pensamiento—repuso el otro.

—¡Voto a bríos! ¡Prosigue!

El desconocido añadió cachazudamente:

—Conozco tu sed de dinero; sé con cuanto gusto quisieras poseer inmensas riquezas

para entregarte con ardor a la pasión que te esclaviza...

—¡Pardiez!—dijo el conde amostazado.

—¡Déjate de bravatas! En eso pensabas cuando te salí al encuentro... Sé, además, con cuanto regocijo recibirían en el castillo a un hijo.

—¿Quién te enteró de tan íntimos por menores?—dijo amoscado el conde.

El forastero rió sardónicamente y continuó, dejando caer las palabras, cual si las pesara:

—Examina si te convienen las condiciones. Tendréis un hijo si prometes entregármelo cuando llegue a la edad de siete años y a cambio de ello volverás a ser más rico que antes. Nunca se acabará el dinero en tu bolsillo, por más que juegues y por más que pierdas.

La primera intención que tuvo el conde al oír las palabras de su interlocutor fué el de desenvainar la espada y pasarlo de parte a parte. Pensar en la posibilidad de tener un hijo tantas veces deseado y obligarse a entregarlo y a verse privado de él en edad tan

temprana, era cosa ciertamente para hacer perder los estribos al hombre más frío de corazón. Pero la segunda parte de la proposición le tentaba y la tentación le llegaba al alma.

Conociéndolo así el advenedizo, que no era otro que el diablo, hizo faena de tal diciendo:

—Fíjate en que mi propuesta no puede ser más aceptable. Te hago inmensamente rico a condición de cederme en determinado día un hijo a quien no conoces...

El desgraciado conde, que no se atrevía ni a aceptar ni a rechazar, dijo para decirle algo:

—¡Pero quién me asegura...!

—¡Yo! Mete la mano en tu bolsillo—dijo imperativamente.

El conde metió sus manos en el bolsillo, sacando una bolsa de oro.

La vista de aquella cantidad de piezas de oro encegó su alma y prometió:

—¡Conforme!

El otro se aseguró del cumplimiento:

—No olvides que en cuanto tu hijo cum-

pla los siete años, exactamente, has de traérmelo a este mismo lugar.

—¡Está bién! ¡Está bien! — replicó, sin saber lo que prometía, pero acariciando incessantemente sus doblones.

Se cumplió la predicción al pié de la letra. De allí en adelante pudo gastar el dinero a troche y moche, volvió a jugar, cual nunca lo había hecho en tanta escala, y por más que arriesgara y perdiese grandes cantidades su bolsa era inagotable, y al cabo de un tiempo, en aquel lugar nació una niña más hermosa que la estrella de la mañana, que inundó de dicha, como es de suponer, el corazón de la condesa. Al conde, en cambio, el nacimiento de la niña fué como si le hubieran clavado una puñalada en el corazón.

Creció la condesita alegrando el hogar con toda suerte de monadas y de gracias infantiles. Sus padres adoraban en ella y los sirvientes del castillo todos y cada uno se disputaban el honor de servirla, viéndola tan linda, tan dulce y tan buena. Su madre, que era una excelente cristiana, desde la más tierna edad inculcó en su alma las ine-

fables gracias que se obtienen siendo devota y amante de María Santísima y la pequeñita a todos edificaba con su aplomo en el rezar.

El conde, que desde su entrevista con el diablo estaba de mejor talante que de costumbre, veía acercarse con pena el término fatal e iba entristeciéndose de muerte.

Su cariñosa esposa acostumbrada de otros tiempos a verle taciturno y caviloso, achacaba a los azares del juego sus distracciones, sus ensimismamientos, su inapetencia y sus insomnios.

Se veía a la legua que su corazón sufría, pero la condesa intentaba en vano averiguar la causa de tamaños sufrimientos.

Fué la niña quien puso en claro la situación, diciéndole:

—¿Estás malo, papá? ¿Por qué no me llevas de paseo? ¿Por qué no comes? ¿Por qué no hablas? ¿Es que ya no me quieres?

Al oír estos reproches, prorrumpiendo en sollozos abrazó a la niña:

—¡Ay, hija de mi alma! Precisamente es

el amor que te profesó lo que tortura mi alma.

La esposa acudió solícita:

—¿Qué te pasa, esposo mío?

Ante aquel círculo cariñoso que le estrechaba, el conde confió sus cuitas y confesó su pecado.

—Habéis de saber que el día que se cumplan siete años del nacimiento de nuestra hija, he de entregarla a quien alivió mi situación durante estos años.

La esposa se horrorizó al oírle, pero la niña con una entereza impropia de sus años, contestó decidida:

—Si es por salvarte a ti, nada temas, porque iré adonde me lleves. Nada malo va a pasarme, porque el Ángel de la Guarda no me desampará.

—¡Santa inocencia! — exclamó el padre llorando y abrazándola

—Sí, sí, papá — añadió la niña —. Iré adonde quieras, porque mamá me ha enseñado una jaculatoria que dice:

Quien en la Virgen confía,
¡nunca está desamparado!

Pues señor, que llegó el día fatal y previas las recomendaciones que la condesa hiciera a la niña, partió el conde, llevándose a la hija de su alma.

Andaban bosque a través cuando acertaron a pasar por delante de una ermita.

—¡Papá, déjame que vaya a rezarle una Salve a la Virgen!

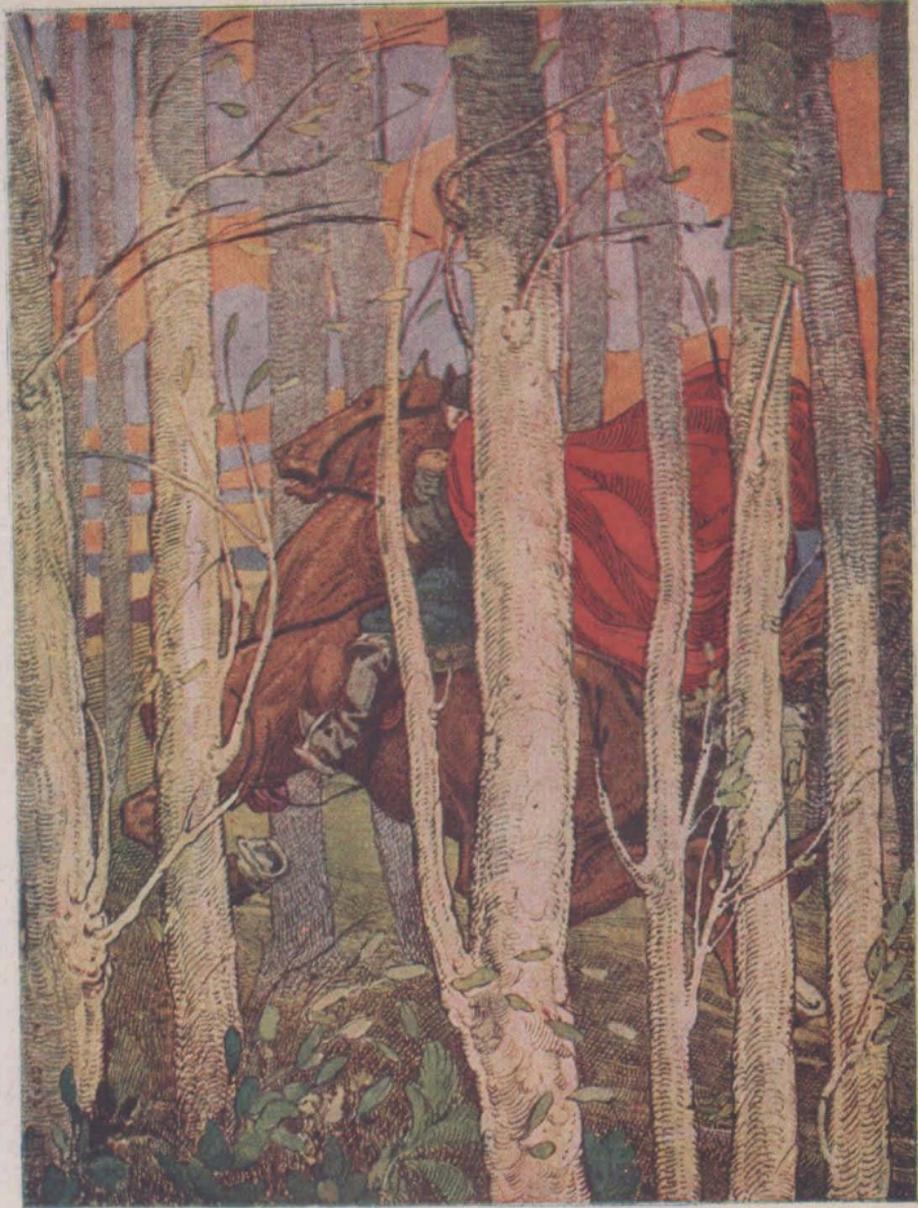
El conde complaciente apeó a la niña, quien se fué resueltamente a arrodillarse ante la imagen.

Dijo con todo el fervor del caso sus Ave-marías y una Salve, y cuando daba por acabadas sus oraciones, la Virgen del altar sonriose y dijo a la niña:

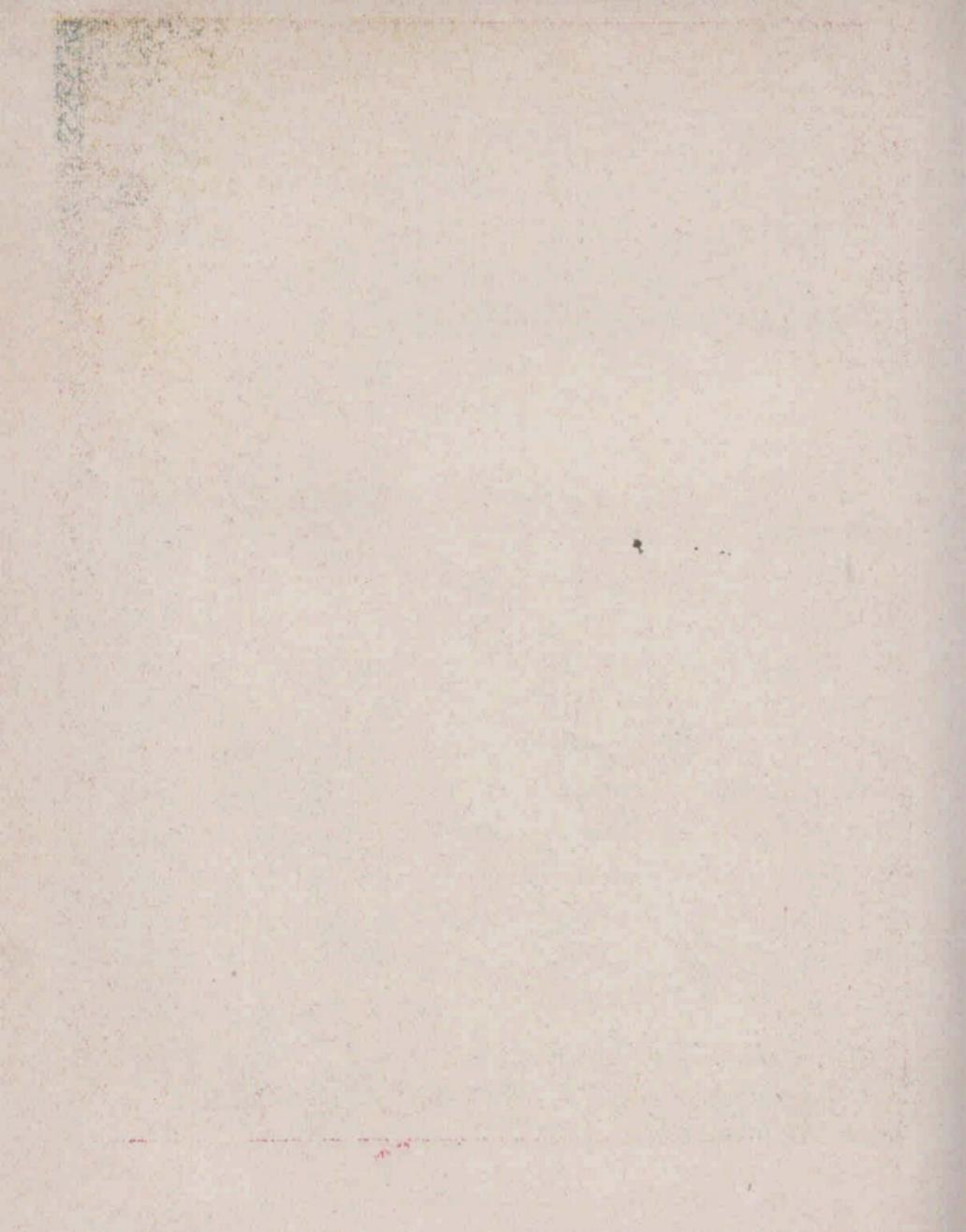
—Muy bien, hijita mía, muy bien, acércate a mí.

La niña acercóse según a ello se la invitaba y juntó sus manecitas.

—Sé siempre buena y me tendrás en tu ayuda. Sé devota de la Virgen María que te está hablando y nada temas. Invócame en todas tus aflicciones y no te pasará nada malo.



...partió el conde, llevándose a la hija de su alma...



La niña prometió sumisa que así lo haría.

Entonces la Virgen, entregándola un rosario, la dice:

—No te canses nunca de rezarme el Rosario, que con él alcanzarás el remedio de cuantos males te aflijan y vencerás siempre a tus enemigos.

Toma la niña el rosario y sale adonde su padre le aguardaba.

Este la monta nuevamente y prosiguen su viaje, el conde con el corazón apenado y sin abrir boca; la condesita, más alegre que unas pascuas con su rosario, que no se cansaba de rezar.

Caminan, caminan. Atraviesan parajes a cada momento más agrestes, hasta que por fin llegan al pie de una opulenta encina, donde ya les aguardaba aquel caballero, tan apuesto, que no era otro que el diablo en persona.

Les saludó con una sonrisa.

—¡Así me gusta la gente! Que sea puntual, y sobre todo, que tenga formalidad en sus tratos.

El conde más muerto que vivo, se despedía de su hija, llorando a lágrima viva.

Tampoco la niña sabía cómo desprenderse de los brazos de su padre.

Pero el caballero, impaciente ante aquellas muestras de cariño, repuso:

—¡Acabemos, que es tarde!

Montó a caballo y de un zarpazo colocó a la niña a su grupa.

Quedó el conde llorando un buen rato, y el diablo y la niña emprendieron el camino. La niña, con el rosario en la mano, no cesaba de rezar Padrenuestros, Avemarías y Glorias.

Pronto el diablo se volvió a ella y viendo que no paraba de rezar y de llorar, le toma el rosario y lo arroja a distancia, diciendo:

—¡Qué tanto rezar! ¡Ya me va amoscando tanto runruneo!

La niña, por toda contestación, continuó su Rosario, llevando las cuentas con los dedos.

Agotada la paciencia, el diablo desenvainó su espada y en un abrir y cerrar de ojos le corta los brazos a la niña, que, no por es-

to dejó de hacer sus devociones, antes al contrario, no pudiendo llevar sus cuentas ni con el rosario ni con los dedos, prorrumpió a rezar en alta voz, marcando claramente sus palabras, con lo cual exasperó a su acompañante de tal manera, que empujándola bruscamente, dijo con malhumor:

—Nada sacaría de esta tozuda muchacha. ¡Vete a la porra!—añadió, desapareciendo a galope.

La niña quedó libre y sola en medio de aquellas soledades, pero acordándose de las dulces palabras que la dirigió la Virgen, se puso a rezar y rezando se consoló.

Llegó la noche y muerta de miedo acurrucóse debajo de un arbusto, hasta que el sueño cerró sus párpados.

Al día siguiente, como el hambre se dejara sentir, comió algunas frutas que le ofreció el bosque.

Así pasó tiempo y más tiempo, hasta que un día fué a cazar por aquellos andurriales, el joven conde, señor de donde estaba enclavado aquel bosque.

La niña al oír los ladridos de los perros se

ocultó más y más, pero no tanto que no llegara a ver su cara el cazador, quien acercándose invitó a la niña de que saliera de la maleza.

Repuesta del miedo contestó la pobre-cilla:

—No puedo presentarme ante sus ojos, porque con el tiempo que llevo aquí oculta mis ropas se han estropeado.

Entonces el mozo echándole la capa, le dijo:

—Abrígate con mi capa y sal, que te aguardo, para que me cuentes como has venido a parar a este sitio.

Cubrióse la muchacha con la capa y apareció, dejando únicamente al descubierto su linda cabecita, llena de vivacidad, contándole al joven todas sus desventuras, desde que dejó a sus padres.

El conde no quiso oír más y cogiéndola por los brazos la montó a caballo, llevándola a su castillo. La bondadosa de su madre, tomó a su cuidado a la niña, la cual lavada, aseada y vestida con buenos trajes, pronto fué muy distinta de aquella mucha-

cha montaraz, curtida de rostro por el sol. Pronto se atrajo las simpatías de todos los habitantes del palacio, en particular de la condesa, que se complacía en su conversación, sobretodo por tratarse de una muchacha de dieciséis años, de entendimiento vivo y despierto, que se afanaba en aprender todo cuanto se la explicaba, y por ello se convirtió en mentora y guía de aquella alma buena y pura, que al lado de la virtuosa condesa acabó su formación religiosa, que era un encanto.

Cuantas veces envolviéndola en un abrazo, decía para sí la condesa:

—¡No quisiera otra esposa para mi hijo!

Y razón tenía para pensar así, porque reunía todas las excelentes cualidades que deben de adornar a una joven: era prudente, amable, compasiva y piadosa, y por añadidura poseía una inteligencia nada común y el cielo la había favorecido con una hermosura que cautivaba los corazones.

Un día hablaban la condesa y su hijo, cantando a coro las alabanzas de la muchacha:

—Hijo mío, no deseo para ti otra suerte, sino que a la hora de contraer matrimonio, te depare el cielo una mujer que reúna tantas perfecciones. Yo hubiese hecho ya mi elección, si a esta niña no le faltasen los brazos.

—¡Ay, madre mía! ¡Qué peso me habéis quitado de encima! Hace ya días que veo que mi suerte está encadenada a la de esa niña, y tenga brazos o no, es mi deseo más ardiente hacerla mi esposa.

Se lo comunicaron a ella y ella accedió sumisa a convertirse en la joven condesa y ser en adelante como había sido hasta allí la hija amante de la condesa madre.

Celebráronse las bodas con una pompa sin igual. Los condes eran muy amados de todos sus vasallos, y la joven se había adueñado del corazón de cuantos la trataban. Los parientes que concurrieron a la boda se maravillaban de los encantos que poseía aquel tesoro de criatura.

Pero como no hay pan que cien años dure, la dicha de los esposos se vió truncada

por la declaración de una guerra, a la que el conde hubo de asistir.

Marchó, recomendando a su madre, que por encima de todo cuidase y atendiese a su esposa del modo que se merecía, y que le tuviesen al tanto de todo cuanto ocurriese en el palacio.

Pues señor, poco tiempo después de la marcha del conde, la joven condesa tuvo un hijo, al cual se puso el nombre de Guillermo. Según afirma vieja tradición, era tan hermoso el niño que parecía un sol, y de tal manera brillaba su cara, que durante las noches iluminaba la habitación en que se le albergara, y añade esa misma voz del pasado, que las camareras de palacio cosían y bordaban con la luz que despedía su cara.

La condesa madre, quiso que su hijo, el conde Guillermo, participara de la felicidad que el recién nacido trajera al palacio. ...

Al efecto, púsole unas líneas que decía, lacónicamente:

—“Todos felices y dichosos. Tienes un hijo hermoso como el sol.”

La carta fué entregada a un criado, con el

expreso encargo de que sin detenerse sino lo más preciso en el camino, marchase al campo de batalla a dar el alegrón al Conde, que tamaña noticia significaba.

El criado partió y al llegar la noche decidió hospedarse en un hostel que encontró a su paso, y mientras estaba durmiendo, cobrándose un reposo que tenía bien merecido, entra en su cuarto aquel caballero, que no era otro que el mismo diablo en persona (Dios nos libre de su presencia ahora y por los siglos de los siglos), y ese funesto personaje, tomando la carta de la condesa la cambia por otra que decía:

—“Tu mujer ha dado a luz un mónstruo. No se deja entender si es bestia o si es persona. Tú y yo andamos en habladurías y dice la gente que nada bueno podía esperarse de una desconocida que durante tantos años vivió en el desierto. Sospecho que vamos a pasar serios disgustos, si no la echamos del palacio. Espero tus órdenes.”

Marcha el emisario y tras de andar sus buenas jornadas, llega al campamento.

Leída la carta que antecede por el conde,

palideció de coraje ante el desabrimiento que suponía. Pero pronto se rehizo y el amor que sentía por su esposa le dictó la respuesta, que decía así:

—“Madre mía: Puesto que el cielo se ha dignado bendecir nuestra unión, guardaos de echar del palacio a mi dulce esposa; tenedle tantas atenciones como solíais y sobre todo, al hijo de mi alma, cuidadle como sabéis, hasta que Dios decida que la guerra se acabe.”

Partió el correo de esta carta, y como a la ida aprovechó la noche para descansar en el hotel que se hallaba al paso, con tan mala fortuna que también el diablo tomó la carta del conde y la substituyó con otra en que decía a su madre:

—“Luego de recibida esta carta, cuidad de que con toda rapidez abandonen el palacio esa bellaca con su hijo o lo que sea. Procurad que sea ejecutada esta orden mía puntual y al pie de la letra, no fuese que la guerra terminase antes y me viera en el trance de echaros a todos de casa.”

Llega el criado con la misiva del conde y

al recibirla su madre, poco faltó para que cayese desvanecida al leer su contenido.

La leía y volvía a leerla, y en modo alguno podía volver en sí de su asombro ante la salida de tono que tal respuesta significaba.

Llama al criado y le dice muy seriamente:

—Vas a decirme al pie de la letra que es lo que hiciste al salir de casa hasta que has regresado a ella. Porque con lo que pasa hay para volverse loca.

El criado se lo refirió sin omitir detalle, únicamente calló lo que ignoraba, las sustracciones y cambios de las cartas.

No satisfecha la pobre mujer con estas contestaciones, dícele horrorizada:

—¿Pero es mi hijo quién te ha entregado para mí esta carta?

—Sí, señora; el mismo Don Guillermo en persona.

No sabía que partido tomar llena de confusión como había quedado, por cuyo motivo, ni corta ni perezosa pone una segunda

carta a su hijo, concebida en estos términos:

—“Hijo mío, me dices en tu carta que eche del palacio a tu cariñosa mujer y a tu hijo y que quieres que esto sea cuanto antes, porque sino hasta a mí alcanzará la expulsión. Lo veo y no puedo creerlo. Se me manda y me resisto a obedecer esta orden tan cruel. ¿Qué te hemos hecho, tanto yo como tu esposa, más buena que el pan, y sobre todo tu hijo, tan hermoso como un ángel del cielo? El corazón se me parte de pena al escribirte estas letras. Contesta en seguida.”

Llama nuevamente al mismo criado, que llevó la primera misiva al conde, y le envía al campamento, rogándole que cuanto antes procure marchar y estar de vuelta.

Marchó sin perder minuto, pero tan aprisa anduvo que, al anochecer, hubo de pararse cansado en el mismo hostel, y en cuanto dormía, el diablo volvió a enmarañar la cosa, apoderándose de la carta del mensajero. Una vez la hubo leído la cambió por otra,

—“Hijo mío, estoy muerta de vergüenza. En el pueblo no se habla de otra cosa que de nuestro infortunio. La gente me señala con el dedo como cómplice de retener en casa a una mujer de esa calaña, que al fin y al cabo, por triste que sea recordártelo, es tu mujer privada de los brazos por justo castigo de Dios, y por si esto no fuese bastante, vuelve a castigarla haciendo que dé a luz un mónstruo tan horrible. Esto es intolerable, y por mi parte resueltamente te digo, que, o ella o yo. Si quieres que ella viva en palacio, yo me marcharé de él muy gustosa, porque estoy harta de andar en lenguas. Estoy indignadísima con lo acaecido y sobre todo por encima de todo tu pasividad colma la medida de mi indignación.”

Cuando el conde recibió la carta tuvo el disgusto que es de suponer. No le entraba en la cabeza la aversión que su madre le había tomado a la ideal condesita, la criatura mejor del mundo.

En un momento de lucidez llegó a pensar que el diablo andaba de por medio para

enmarañarlo todo, pero aplazando su averiguación para más tarde, toma la pluma y escribe:

—“No alcanzo a comprender el sentido de vuestra carta. Os tengo dicho cuanto importa sobre el particular, esto es, que quiero que a todo trance conservéis en casa a mi hijo tal cual sea que Dios se ha servido mandármelo, y que a él y a su madre, mi amantísima esposa, les guardéis aquellas mismas atenciones que para conmigo tendríais. Eso vine a deciros y eso os repito. No quiero saber nada más referente a que mi hijo haya nacido de este o de otro modo. Sólo sé que es mi hijo y tal cual sea me lo guardáis, ni más ni menos.”

Parte el criado sin demora alguna, con encargo de llevar la carta a la condesa.

Al llegar al final de su jornada se detiene en el hostel consabido a pasar la noche, y así que estaba roncando se presenta el diablo y tomando la carta que llevaba, se la substituye por una que decía lo siguiente:

—“Madre: estoy harto cansado con vues-

tras cartas; no gusto de repetir tantas veces una orden que os tengo dada y que reitero, esto es, que echéis del castillo a mi esposa e hijo. Atended puntualmente la hora en que os lo digo, a fin de que cuando yo vaya ahí no les halle en casa, porque lo pasaríais mal vos y ella, pues irremisiblemente os mataría a todos. Ya me conocéis y me costaría menos trabajo ejecutarlo que el que me cuesta escribirlo. Lo mando así y no admito excusas; quiero que se ejecute tal como ordeno, pues soy quien para mandarlo y así os lo mando."

Cuando la virtuosa condesa recibió este mensaje quedó aterrada. Lloraba sin consuelo posible. Tuvo que guardar cama para rehacerse del quebranto que la carta de su hijo le produjo.

Ella que quería a su hijo con toda su alma y a su nuera como a la niña de sus ojos, y ni más ni menos a su nietecillo Guillermo, tenía el corazón partido de pena, mayormente al ver la adoración, que no otra cosa profesaban todos sus vasallos y sirvientes a los desgraciados seres que por una

causa inexplicable mandaba arrojar de su casa el conde. Toda la servidumbre de la casa se disputaba el honor de tenerlo en brazos al pequeñín, de prodigarle caricias, de recibir una sonrisa de sus labios y de admirar sus gracias. Cuéntese, pues, el dolor grandísimo de aquella señora que por nada del mundo hubiese causado mal a nadie, cuanto menos había de infligirlo a aquellos seres inocentes, víctimas Dios sabe de cuantas calumnias.

Pero por grande que fuese su dolor, le tocaba cumplir al pie de la letra lo que su hijo ordenaba con términos tan categóricos, por lo que, encomendándose a todos los santos de su devoción, fué y contó a su nuera, lisa y llanamente la verdad del caso, poniendo ante sus serenos ojos, la carta cruel.

La joven esposa contestó resignada:

—Madre mía muy querida, puesto que mi marido os lo manda, él sabrá porqué, y hay que obedecerle. Pero por Dios, no os aflijáis, que no vale la pena. Yo pobre de mí, nunca me he creído merecedora de las dis-

tinciones de que se me ha hecho objeto en esta casa. He pasado unos dos años felices, que han sido como un paréntesis de dicha en mi vida de infortunio, y por ello no he dejado pasar ni un sólo día sin darle a Dios mis más merecidas gracias. El que todo lo ordena lo dispuso así, y dispone ahora que vaya nuevamente a vagar a la ventura. Hágase su santa voluntad.

La buena condesa interrumpió:

—Pero hija mía de mi corazón, ¿dónde vas a ir sin brazos? ¿Cómo te las arreglarás para criar a mi dulce nieto? ¡Yo me muero de pena!

—Nada sucederá que Dios no tenga dispuesto, y a su providencia me confío. Hemos de preparar mi marcha.

Se habló detenidamente del modo como había de llevar sujeto al niño, y se dispuso de manera que ella llevaría un saco colgado del cuello y dentro de él al niño, a fin de que pudiese mamar.

Se le arregló tal como se dispuso y, además del saco o talega con el niño dentro, llevaba otro saco en la espalda, en el que la

amorosa diligencia de la dulce condesa, colocó una bolsa de oro, pan y variadas provisiones.

Salió la condesita con tamaña carga auestas y se encaminó al bosque donde la hallara su marido. Durante el viaje el niño no cesó de mamar, dándose un atracón de lo lindo, por cuyo motivo la pobre muchacha estaba fatigadísima y estaba a punto de caer rendida, cuando he aquí que acierta a pasar junto a un pozo de agua fresca y cristalina.

Pero acude con el intento de saciar su sed y no halla manera de satisfacer su necesidad. Se apoderó de su alma mortal desaliento, puesto que veía el agua del pozo y ella había de contemplarla apoyada en el brocal.

Cual si con la vista hubiese podido hacer subir el agua, miraba y volvía a mirarla, pensando:

—¡Oh! si pudiese llegar hasta ella! ¡qué atracón me daría! Entonces fortalecida por el refrigerio, recobraría las fuerzas que me abandonan.

Tanto y tanto llegó a abalanzarse, que sin darse cuenta, el niño que llevaba metido en el zurrón que le colgó al cuello su suegra la condesa, deslizósele, yendo a dar en el fondo del pozo:

—¡Virgen Santísima de mi alma! —clamó angustiada—. ¡Ayudadme en este trance! He salido de mi casa, encomendándome a vuestro cuidado, porque a ese angelito no podía yo valerle gran cosa. Muchos favores os debo, pero si merezco algo, os ruego que hagáis un milagro en favor de este hijo mío. Valedle Vos, ¡oh, Madre mía! Os lo ruega con toda mi alma esta desgraciada hija vuestra, que también es madre.

La plegaria fué dicha con unción tal, que en el preciso momento de terminarla, se vió subir el agua del pozo, flotando sobre ella el niño hermoso, que sonreía y alargaba los bracitos a su madre.

Púsose el nivel del agua al ras del brocal, esperando que fuese sacado de allí el niño, y la madre, contenta y agradecida, le tendió los mutilados brazos, exclamando:

—¡Oh, Madre querida! ¡Gracias muy cor-

diales os sean dadas! Añadiendo: —¡Ven aquí, hijo querido! ¡Oh, quien tuviera los brazos enteros para sacarte más pronto y apretarte contra mi corazón!

Dicho ésto, de súbito le salieron los brazos que el diablo le cortó en el bosque, y entonces coge al niño y cae arrodillada, diciendo gozosa un himno de gracias a Jesús y a su Santísima Madre, que tan señaladamente le dispensaban sus favores, y les ofreció nuevamente el fruto de sus entrañas.

Comió y bebió y repuestas sus fuerzas, no pensó sino en alejarse de aquellos parajes enclavados en tierras del conde, pues con las amenazas que profería la carta, estaba segura de que su marido, en cuanto regresase de la guerra, lo primero que llevaría a cabo sería una requisa para dar con ella y acaso matarla.

Fué andando, andando, con su preciada carga a cuestas, hasta que por fin dió con sus huesos en una ciudad a cuya entrada había un convento. Entró a su iglesia para oír una misa y reiterar al cielo las gracias

por haber recobrado a su hijo y los brazos, que tanta falta le hacían, y después de hechos sus rezos salió del templo y vió a una mujer de alguna edad, que cosía en el portal de una casa adosada al convento.

Se detuvo con ella para orientarse y hacerle algunas preguntas, y la mujer, preñada del niño, lo tomó en brazos, dedicándole algunas ternezas, y como comprendió muy pronto que aquella joven no tenía ruta fija, díjole cariñosamente:

—¿Dónde vas con esta preciosa criatura en brazos?

La condesa contó la serie de sus desventuras, manifestándole que no tenía otro móvil que el ocultarse de las iras de su marido.

—Mira, hija mía, no digas una palabra más. Yo te ofrezco mi casa y conmigo podrás vivir tranquila y contenta. Soy la lavandera del convento que aquí ves y en él hay bastante que lavar, por lo cual si tú accedes a quedarte conmigo, viviremos, trabajaremos juntas, y en tanto crecerá el niño sin que te cause ninguna zozobra.

Tan franco y cordial fué hecho este ofre-

cimiento, que fué aceptado de mil amores, y no hubo de arrepentirse de ello, porque la lavandera era una excelente mujer por todos conceptos, y tampoco ésta se dió a engaño tomando por compañera a la desconocida.

Y el niño creció, alegrando su vida, más contento que unas pascuas. Los buenos religiosos le obsequiaban con estampitas y frutas, y cuando estuvo en edad de instruirse, le enseñaron a leer y escribir, y luego fué el monaguillo indispensable del convento.

* * *

Siete años duró la guerra y al terminar, regresó el conde con sus mesnadas, deseoso de abrazar a su mujer y a su hijo.

Al llegar cerca del castillo se echaron las campanas al vuelo y todo el pueblo esperaba a los combatientes con júbilo. Observando el conde que en todas las ventanas de las casas había mujeres y niños y que sólo en el castillo estaban cerrados, le dió un vuelco el corazón, y al gozo que henchía

el pecho de todos sus vasallos, contrastaba singularmente con el temor que sentía Don Guillermo de hallar alguna nota desagradable.

Su madre la condesa, salió a recibir y abrazar a su hijo al patio del castillo, y al observar éste que no venía acompañada de su esposa y del niño, hubo de preguntarle aterrado:

—¿Y mi esposa? ¿Y el niño? ¿Por qué no salen a recibirme?

—¿Cómo han de salir a recibirte si no están en el palacio?—contestó dignamente y en tono de reproche la condesa—. ¡Por lo visto, añadió, has olvidado las órdenes que me distes!

Sin decir otras palabras, penetró el conde en el castillo seguido de su madre. Así que estuvieron solos, objetó el conde:

—¿Dónde están mi mujer y mi hijo?

La madre se limitó a decir escuetamente, entregándole la última carta que de él recibiera:

—Me concreté en dar cumplimiento a esta carta.

Leyó su hijo la misiva en cuestión y a medida que iba leyendo, su semblante se demudaba, quedando más blanco que el papel.

—¡Oh, madre de mi alma! ¡De qué infernal ardid hemos sido víctimas todos! Pero no van a quedar así las cosas, porque voy a remover cielo y tierra hasta dar con mi esposa e hijo. ¿Dijeron a dónde se encaminaban?—añadió.

—Dijo mi querida hija, creyendo que tú la persiguirías al regresar de la guerra, que se internaría en el bosque, huyéndote.

—¡Con lo que yo la quiero, madre!

—La quieres tú y la quiere todo el mundo —contestó la condesa—. ¿Quién no va a quererla con lo buena que es? ¡Y el pequeño! Tú no sabes que sentimiento nos produjo a todos su separación. ¡Parece un serafín! ¡Que bueno, que amable, que gracioso!

—¡Está bien! Salgo ahora mismo en su seguimiento y si vive, yo os aseguro que vuelvo aquí con ella.

Y esto dicho, bajó al patio, montó a ca-

ballo y fué a internarse en el bosque. Recorrió los caminos más practicables, penetró entre la maleza sin dejar un rincón espeso, pero en parte alguna encontró huellas de su esposa.

El tiempo que pasó en el bosque, recorriéndolo en todas direcciones, es incalculable, pero alentado por la fé en su ideal y llevado del amor que sentía por su esposa y por su hijo, abandonó el bosque, cerciorado de que no se encontraban en él.

Encaminó sus pasos hacia una ciudad vecina, en cuyas afueras hallábase un convento. Como oyese tocar a misa al pasar por allí, pensó que antes de empezar sus pesquisas por la ciudad, lo mejor que podía hacer era solicitar la colaboración del cielo para salir airoso en su empresa.

Apeándose del caballo se acercó a dos mujeres que cosían en una puerta cercana, y les pidió que tuvieran cuidado de su caballo, en tanto que oiría misa.

A la condesa se le heló toda la sangre reconociendo a su marido.

—Atadlo vos mismo a ese árbol—contestaron.

Entró el conde en el templo a tiempo que salía un sacerdote a celebrar. Empezado el Santo Sacrificio, hubo en seguida de llamarle la atención la compostura del monaguillo, con sus manos cruzadas al pecho, por sus movimientos de reverencia cuando el caso lo requería, con su vocecilla de timbre angelical, por su apostura y la belleza de sus facciones.

Entre sus rezos y la contemplación del monaguillo, acabó aquella misa, y al poco rato salió otra servida por el mismo niño que la anterior, y cuantas cualidades y perfecciones le asignó su examen, viéronse ahora acrecentadas con una nueva inspección.

Dejemos al conde oyendo una misa tras otra, y oigamos a las dos mujeres, que están cosiendo en el umbral de su casa.

—¿Sabe usted quién es este caballero?—preguntó la más joven.

—¿Quién es?—contestó la otra.

—Pues mi marido, que anda buscándome sin duda para matarme.

—¡No lo creo! No puede ser que un caballero que empieza el día encomendándose a Dios pueda anidar en su alma tan crueles sentimientos.

Continuaron la conversación a este tenor y al cabo de un rato sale el caballero de la iglesia.

Dirigiéndose a donde estaban las dos mujeres, dice:

—Dios os pague el favor que me habéis hecho guardando mi caballo, sobre todo porque me habéis deparado el consuelo de estar ante un angelito del cielo, que tal resulta el monaguillo que ha servido las misas que yo he oído.

—¿Os habéis dado cuenta—prosiguió con entusiasmo — de las gracias que reúne el muchachito? ¡Vaya una bondad que revela! ¡Vaya una unción en el modo de estar arrodillado y en contestar al ministro del altar! Según creo su cabellera rubia despedía resplandor. Me ha edificado a fé, a fé,—añadió, suspirando.

Aquí se interrumpió para comerse con la vista al niño que salía del templo, saltando y cantando, para abrazar y besar a su madre, a tiempo que le decía gozoso y contento:

—¡Madre!

—¡Hijo mío de mi alma! Anda y dale un abrazo a tu padre, que es este caballero...

No se hizo repetir la orden, pero el conde abrazando y besando con gusto al muchacho, dijo con pena:

—¡Señora! Esto no puede ser verdad, porque a mi querida esposa le cortaron los brazos...

Ella arrebujiándose las mangas del jubón, mostró la cicatriz que señalaba el milagro que le hiciera la Virgen Santísima al devolvérselos.

—¡No tenía brazos cuando me dejaste, pero he aquí este favor que el cielo me ha otorgado!

Y le contó todas sus desventuras hasta disfrutar de la dicha que actualmente gozaba.

Después de desayunarse marcharon los

condes a su castillo, donde fueron recibidos con los correspondientes honores, viviendo felices muchos años, como merecían.

El niño volvió al convento y profesó en la regla de la Orden, donde edificó a todos los frailes con la ejemplaridad de su vida.

Ese niño que fué después fraile, fué más tarde santo: **San Guillermo.**

SANTA TERESA QUISO SER CONFESORA

Cuéntase que una monja alemana de la Orden de San Benito, lista, instruída y sabia en muchas disciplinas, tan oronda estaba con su saber, que comparándose con algunos sacerdotes que ella conocía y con quienes discutía de ciencias divinas y humanas, se tuvo por muchas veces superior a bastantes ministros del Señor y de ello sacó la consecuencia de que no estaba bien que ella no pudiese confesar y sí pudiesen hacerlo muchos sacerdotes que en punto a saber no podían desatarle la correa de su sandalia.

Dice la leyenda germánica, que dicha

monja germánica no salió en bien de la prueba a que la sometió su confesor el Padre Bernardo.

Una leyenda española de semejante índole, se atribuye a la insigne reformadora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús.

Cuenta el saber popular, que fuéese Teresa a ver al Papa para exponerle lo mismo y el Santo Padre cuando hubo oído tamaña pretensión, dice que cogiendo una cajita se la entregó a nuestra monja, diciéndola:

—Bueno, aquí tienes esta cajita, guárdala en tu poder durante tres días, y pasados que sean vuelve a saber la respuesta.

Pues señor, fuese Teresa, pero con un solo pensamiento: ¿qué cosa contendrá la cajita? ¡Tenía unas ganas de abrirla! Pasó el primer día y nada, pasó el segundo y tampoco, pero llegando al tercero, no pudo resistir la tentación y pensando que, al fin y al cabo, nadie iba a saberlo, abrió la cajita y no bien lo hubo hecho, cuando salió volando un pajarito que había dentro.

Entonces ella que era tan sabia, lo comprendió todo y díjose:



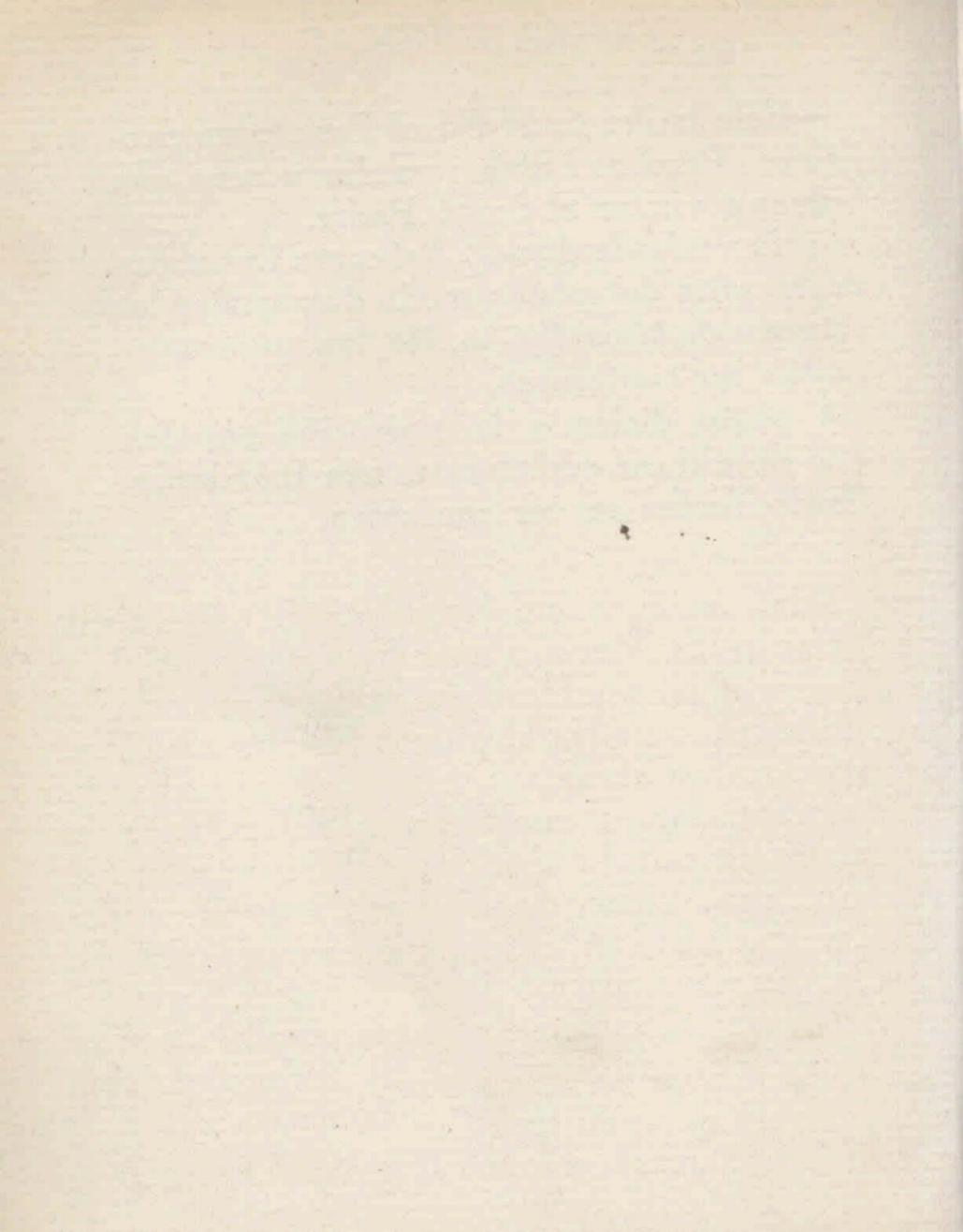
...cuando salió volando un pajarito...



—Esta cajita te la dió el Papa para probarte., Pero no había remedio y tuvo que volver a visitar al Santo Padre.

—¿No ves?—la dijo—. Así como has abierto la cajita del mismo modo divulgarías los secretos de la confesión. No, las mujeres no podéis ser confesoras.

Y acaba diciendo la narración popular, que de allí en adelante, nunca más pensó Santa Teresa en ser confesora.



LA BUENA ACCION DE UN BANDIDO

Pues señor, cuando los celestiales personajes Jesús, María y José huían de la persecución del rey Herodes, tuvieron que sufrir mil sinsabores hasta que penetraron en tierra hospitalaria.

Sucedió, pues, que tanto y tanto camino hubieron andado, que a la Virgen se le secaba la garganta, por lo cual en ocasión de atravesar una finca plantada de naranjos, suspiró:

—José, ¡con cuánto gusto comería una naranja para apagar mi sed!

Aquel naranjal tenía los frutos en zazón y era guardado por un ciegucecito. Oyendo

la exclamación, el guardián alargó la mano, diciendo a los transeuntes:

—Acercaos, y tomad, no una naranja, sino todas las que hagan falta para apagar vuestra sed.

Acabó de pronunciar estas palabras y recobró instantáneamente la vista, quedando un tanto deslumbrado ante el resplandor que despedían los rostros de sus interlocutores:

—¡Oh! ¡qué maravilla! ¡qué hermosa cosa es tener vista! Gracias sean dadas a Dios que me otorga este beneficio, y por lo que se me alcanza es a vosotros a quien lo debo. Tomad, tomad—prosiguió—cuantas naranjas queráis.

Prosiguieron su viaje, yendo montados en una borrica la Virgen, con su Niño en brazos, y San José sirviendo de escudero.

Al poco rato les cierra el paso una terrible serpiente, orgullosa de haber sido el instrumento tentador de Eva. Su propósito bien claro se veía que no era otro que el de morder al tierno infante, pero allí estaba el Santo Patriarca para defenderle.

—Serpiente: maldita seas tú y toda tu descendencia.

Y esto diciendo, San José, de un garrotazo dejó tumbada y muerta a la serpiente.

Como se deja indicado, el castigo dado a la serpiente alcanzó a toda su familia, puesto que según nos cuenta la leyenda, este reptil que antes andaba, desde aquel momento tiene que arrastrarse.

Repuestos del susto, la Sagrada Familia siguió su viaje, siempre zozobranante por la sentencia que pesaba sobre la cabeza del Niño. La Virgen no dudaba que Herodes habría mandado soldados en su persecución por todos los caminos que salían de Belén cuando en el recodo de un camino se les aparece un escuadrón de soldados. Intimidó el jefe:

—Alto, buena mujer, ¿qué cosa llevas tan oculta en la falda?

Levantando el delantal por una punta, contestó la Santa Virgen:

—Llevo trigo.

Se cercioraron los soldados de que llevaba

una haldado de este cereal, y se les dejó el paso libre.

Nuestros viajeros no pudieron evitar el encuentro ni prevenirse para la contestación, pero el cielo dispuso así las cosas y desde aquel momento, el trigo que era negro se tornó rubio y dorado como el cabello del Niño Jesús, en premio de haber dado la cara por el Rey de reyes, que permaneció oculto en el regazo materno.*

Prosiguieron su viaje, guiados por el buen corazón de las golondrinas, que cantando señalaban la ruta, y de la becada que revoloteaba en torno de sus cabezas haciéndoles guarda de honor. La becada se condeolizó del peligro que estaban atravesando tan santas personas, por cuyo motivo descendió hasta el ras de tierra y fué siguiéndoles, afanosa de ir borrando las huellas que en el suelo señalaban San José y la borrica, excelente acción que tuvo su premio, sabiendo que los nidos de esa ave, desde aquel momento han quedado ocultos a las miradas del hombre, que por más que los busquen, no dan nunca con nidos de becada.

Pero habéis de saber que de esa buena intención no participaba la langosta, por cuanto con su mal instinto, al ver la obra caritativa que efectuaba la becada, se complacía en desbaratarla, a cuyo efecto se colocó tras ella e iba dejando nuevamente al descubierto, las huellas abiertas en el camino.

Tan reprobable acción mereció su castigo, por eso se cuenta que quien mata un bicho de esos en viernes gana cien días de perdón.

Pues señor, no acabaron aquí las peripecias de aquel viaje, sino que nuevamente los soldados de su perseguidor les dieron alcance. Apercibiéndose de pisadas que producían los caballos que montaban, la Virgen decidió solicitar auxilio a la vegetación que la rodeaba:

—¡Tamarindo!, extiende tus ramas que nos cobijarán contra las tropas de Herodes.

—Buscad mejor cobijo, que mis ramas están muy altas—contestó desdeñosamente.

No se desanima María Santísima y se dirige a un cañaveral cercano:

—¡Oh cañas!, ¿no podríais juntaros de mejor manera y ocultarnos a nuestros perseguidores?

Contestaron hipócritamente:

—¡Son tan estrechas nuestras hojas! ¿Por qué no vais a guareceros debajo de un romero?

Eso dijo el cañaveral, escudándose en que otro papel les estaba reservado que el de escudar con su sombra a Jesús, puesto que según fama, los sayones usaron cañas para azotar al Redentor en el momento de la flagelación.

Sucedió entonces que la Madre de Dios le dijo a un labrador que estaba sembrando su campo:

—Buen hombre, los soldados de Herodes están persiguiéndonos y estamos a punto de ser alcanzados. Dejad los útiles de la siembra e idos a buscar la hoz para segar la mies, que estará ya madura al retornar.

El labrador hizolo así y cuando tuvo atadas unas gavillas formó una hacina, detrás de la cual se ocultaron los santos viajeros.

Llegan los soldados y le preguntan por María y su Hijo:

Contesta el labrador:

—Por aquí pasó cuando sembraba este campo una mujer con su hijo, acompañados del esposo. De entonces acá no pasaron otras personas.

—En este caso —replicó el militar— no deben de ser los que andamos buscando.

Pero la menta que escuchaba el diálogo, terció en la conversación:

—¡Tras de la hacina les hallarás!

Pero indignado de la traición que esto representaba, repuso el perejil:

—¿No te callas, menta, mentirosa?

La misma Virgen desde su escondrijo asintió a las palabras del perejil:

—Calla, calla, menta, mentira; mientes y mentirás.

No acabó aquí el trance, ni mucho menos. La perdiz que revoloteaba por allí interviene en el asunto, enmarañando más la cosa, y sembrando de mayores dudas el corazón del soldado:

—Si quieres hablar a la Madre de Dios,

a quien buscas, ¡mírala detrás de la hacina!

La Virgen desde su escondite pronunció unas palabras en elogio de la hacina y otras de reprobación para la perdiz delatora:

—Bendita sea la hacina y el trigo que lleva; maldita la cabeza de la charlatana perdiz.

De aquí que la cabeza de estas aves se tira por no ser comestible.

Como si con todo lo antedicho no hubiese bastante, un arrendajo cantó:

—Bajo la hacinota,
está la Mariota.

Al oír tamaña delación, la dulcísima Virgen profirió estas palabras:

—Arrendajo eres y serás:
aun cuando comas mucho
nunca engordarás.

Por esto dice la conseja que el arrendajo siempre está en los huesos, a pesar de que picotea constantemente en los trigales y en las gavillas de trigo.

Salieron por fin Jesús, María y José, de tantos peligros como les había ido amena-

zando, y ateridos por el frío que les iba produciendo la lluvia torrencial que caía, acertaron a divisar una luz no lejos del camino y hacia ella enderezaron sus pasos.

Dieron con una casucha de pobre aspecto cual cuadraba al páramo que hasta allí atravesaron.

Llaman y una mujer acude al llamamiento.

—¡Quisiéramos pasar aquí la noche, si nos lo permitís!—dijo María.

—¡No puede ser en manera alguna!—contestó apesadumbrada la mujer.

—¡Ved que está lloviendo y no podemos continuar el viaje! —repuso la madre de la Divina Gracia. Además —añadió levantando el pañuelo que tapaba al Niño Jesús— traigo aquí a mi hijo a través de estas inclemencias.

La contemplación del Rey del cielo y de la tierra impresionó en gran manera a la buena mujer.

—Con gusto accedería a lo que me pedís, pero habéis de saber, pobre gente, que mi marido es un bandido inhumano y cruel,

terror de todas estas tierras, quien si yo os consintiese pasar la noche aquí, a buen seguro que os pondría en el trance de abandonar la casa, contando que no os maltratase por añadidura

—¡Tened compasión de esta tierna criatura!—repitió la Virgen.

—¡Vaya! no me atrevo a desafiar la crueldad de los sentimientos de mi esposo. Comprendo lo horrible de esta negativa mía, pero acaso sea un bien para este angelito.

Y esto diciendo, acariciaba la cabecita de Jesús, viéndosele a la legua el sentimiento que tenía de expresarse así, y como le había ya entregado su corazón tan sólo al verle.

María, aprovechando aquella buena disposición que notó en la mujer del bandido, insistió:

—¡Dejadnos entrar! Es preferible exponernos a que vuestro marido nos acoja mal, que no a que este pobre niño se muera de frío por esos mundos de Dios.

Tomando una súbita resolución, dijo la mujerona:

—¡Entrad enhorabuena!, que no va suceder otra cosa que lo que Dios quiera.

Traspusieron el umbral y al poco rato de estar allí entró el dueño de la choza, quien al ver los huéspedes que acompañaban a la mujer, le preguntó malhumorado:

—¿Qué gente es esa, tú?

—Mira, son unos pobres transeuntes que, atraídos por la luz de mi choza, han venido huyendo del temporal, a pedirme hospitalidad para esta noche, y yo he tenido compasión de ellos, sobre todo de la preciosidad de niño que traen consigo.

—¡Ah!, ¿traéis un niño?—dijo menos hueraño.

—¡Sí, mirad! —dijo la Virgen, destapando a su Hijo.

—¡Oh! —exclamó el bandido compasivo. —Anda, mujer —ordenó— mete leña en el fuego para calentarle y si es preciso pon un puchero de agua por si quieren lavarle.

Sorprendida agradablemente por los humanitarios sentimientos que revelaba su es-

poso, se apresuró la mujer del bandido a meter leña en el fuego, a calentar agua, así como a traerle a la Virgen unas toallas para limpiar al Niño.

María no se hizo de rogar y lavó al niño, utilizando una jofaina.

El malhechor, ante la tierna escena, se sentía conmovido y su corazón se le saltaba del pecho a fuerza de suspiros, que le arrancaba la contemplación del Hijo de María.

—¡Ay esposa mía! — dijo al fin—. ¡Si nuestro hijo fuese tan sano y robusto como ése! ¡Qué preciosidad!

—¡Ah! ¿Tenéis también un hijo?—preguntó la Virgen.

—Sí, un hijo atacado de lepra—contestó el padre—. De nada han servido los remedios que le hemos aplicado para quitársela. Ningún alivio le han proporcionado ni los facultativos que he consultado, ni los unguentos y brebajes que ha ingerido.

—¡Pobre criatura! Corred, pues, a lavarle con el agua de esta palangana con que he lavado a mi Hijo.

—De nada le aprovechará, porque a do-

cenas de veces le hemos lavado con infusiones de todas las hierbas del bosque.

—Probadlo una vez más—insistió la Virgen—, y poned la confianza en Dios que todo lo puede.

La mujer toma el agua que María le ofreciera y va a lavar a su hijo, envolviéndole entre pañales. De este modo lo colocó en su lecho.

Al día siguiente, en atención a que el sol brillaba esplendoroso, decidieron José y María continuar su viaje.

El niño de los bandidos dejó oír su voz, gritando:

—¡Padre! ¡Madre! ¡Estoy curado! ¡Estoy totalmente curado!

Sus padres fueron a ver el prodigio y pudieron apreciar que, efectivamente, el niño había sanado de su terrible enfermedad, ostentando una piel tersa y fina, sin ninguna mancha ni señal de que su cuerpo hubiera sido el cuerpo de un leproso.

Al bandido no se le ocurrió otra cosa para agradecer a María el favor que les había

dispensado, que sacar una bolsa de doblones y ofrecérsela, diciendo:

—¡Gracias os sean dadas! En señal de mi agradecimiento, lleváos eso, y si no basta os daré el doble.

La Virgen contestó:

—No; somos nosotros a quien toca daros las gracias por el favor que nos habéis dispensado dejándonos pasar aquí la noche. Favor tan grande, ha de venir un día en que mi Hijo os lo recompense.

Y sin decir otra cosa se despidieron, marchando a Egipto.

—¡Vaya una gente tan especial! ¡Mira tú que despreciar el dinero que tan generosamente les he ofrecido! Son buena gente, pero son pobres y podían aceptar mi dádiva, que buena falta les puede hacer.

—¿Qué quieres?—contestó la esposa—. Ellos sabrán la razón de su modo de pensar.

Pues señor, pasaron treinta y tres años, a cuya edad fué Jesucristo condenado a muerte, siendo crucificado entre dos ladro-



...y sin decir otra cosa, se despidieron marchando a Egipto...



nes. Los tres sentenciados pendían de la cruz.

El ladrón que Jesús tenía a su derecha—dice una leyenda de la Baja Bretaña—, aguardaba su última hora silencioso, sin proferir palabra, resignado con su suerte; el de la izquierda, todo lo contrario, gritaba y blasfemaba y se retorció como un poseído del demonio.

Jesucristo dirigió la palabra al ladrón que tenía a su derecha:

—¿No os acordáis de haberme visto nunca antes de este momento?

—No, a fe, no me acuerdo.

—¿No tenéis presente que hace cosa de treinta y dos años, dos pobres que huían a Egipto llamaron a vuestra casa pidiendo albergue, y de que vuestro hijo, atacado de lepra, fué curado lavándole con el agua con que acababa de ser lavado el Hijo de aquellos pobres viajeros?

—¡Sí, sí! Eso lo recuerdo perfectamente.

—Yo soy aquel Niño. Mi Madre os prometió que su Hijo os pagaría algún día el favor que les hicisteis. Yo así voy a hacerlo,

porque os anuncio que esta noche estaréis conmigo en el Paraíso...

Murieron ambos, y juntas subieron al cielo las almas de Jesucristo y la de Dimas, el Buen ladrón, a quien veneramos en los altares con el nombre de San Dimas.

EL MAESTRO ENTRE LOS MAESTROS

Una vez había en un pueblo un herrero muy hábil entre los de su oficio, tanto, que según él decía, era maestro entre los maestros. Y al decirlo así, el hombre se henchía de vanidad y se creía más diestro a cada momento que pasaba.

Llamábase Eloy de nombre. Se le antojó que, para llamar la atención de aquellos posibles parroquianos que desconocieran sus méritos, nada había mejor que el poner un letrero en donde constase su fama.

Así lo hizo, y se puso a forjar letras y un marco bien llamativo que, cuando fué terminado, lo colgó encima del portal de su tienda. Decía así:

ELOY, HERRERO

Maestro entre los maestros

Acertó un día a pasar por allí un transeúnte que montaba a caballo. Se detuvo a leer el letrero y, haciendo como quien se convence de la importancia del artista, se apea y pregunta al herrero:

—Buen hombre, ¿querríais herrar mi caballo?

—Con mil amores — contestó Eloy —. Precisamente habéis dado con el maestro entre los maestros.

—Eso dice el letrero—repuso el forastero, que no era otro que Jesucristo; había tomado figura humana para dar una lección de humildad a Eloy, quien, habiendo nacido para santo, se alejaba de la vida de perfección con aquél su desmesurado orgullo y vanidad en el desempeño de su oficio.

—¿Cómo se entiende? — contestó Eloy. —Lo reza el letrero y lo dicen la habilidad de mis manos—añadió un tanto amoscado.

Miró el tamaño de la herradura que ha-

bía de colocar y entró en la tienda para proveerse de las herramientas para el caso.

La primera operación que hizo fué coger las tenazas para quitar de la pata del caballo un trozo de herradura que llevaba clavada, a lo cual nada dijo el parroquiano, pero cuando vió que, sacada la herradura, iba a mondar el casco del animal con el pujavante, no pudo callarse:

—Señor herrador, ¿qué vais a hacer?

—¡Pues herrar el caballo!

—¿Y osáis llamaros maestro entre los maestros?

—Ciertamentè. Pero no atino a comprender adónde vais a parar. Dejadme herrar el caballo y cuando no lo hierre con toda la perfección que es debida, podréis objetarme. Por alguna cosa soy maestro entre los maestros.

—¡Allá vos!—resignóse el cliente—. Pero no me negaréis—añadió—que os disponéis a hacerlo como el más atrasado de los herreros.

Ni que una víbora le hubiese mordido, le hubiera llegado tan al vivo a Eloy como esta

observación; pero, ganoso de aprender siempre algo nuevo, entregó el pujavante y cruzóse de brazos.

—Hacedme el favor de mostrarme que, en efecto, puede hacerse de alguna manera nueva.

—Con mucho gusto—contesta el interpe-lado.

Ante la estupefacción del herrero, coge un mal cuchillo y, dirigiéndose al caballo, le corta la pata por la rodilla.

Ni una queja del animal, ni una gota de sangre derramada.

El pseudoherrador sujeta la pata cortada al torno de presión y allí sí que se le vió recortar la pezuña y luego calmosamente clavar la herradura, hecha esta operación, coge la pata y vuelve a engancharla otra vez en la pierna del caballo, cual si hubiese puesto una pasta pegadiza, por cuanto quedó totalmente adherida.

Eloy, que presenció atónito la operación, de punta a cabo, sufrió lo indecible en su amor propio al tener que declararse vencido por un transeúnte que no era del oficio,

pero muy pronto reaccionó al comprender que la lección iba a serle de gran utilidad de allí en adelante.

Despidióse el forastero diciendo al serrador:

—Quedad con Dios y que os aproveche la lección.

—¡Que El os acompañe! — atinó a responder.

Al día siguiente pasó por delante de la herrería un caballero montado en soberbio alazán.

Detúyose y sin apearse preguntó al herrador:

—Maestro, ¿puede usted herrar mi caballo?

—¡Ya lo creo! Precisamente ha ido a parar vuesa merced ante el taller del que es maestro entre los maestros.

—Veremos qué tal. Despache pronto, porque tengo prisa—contestó para acabar con el campechano herrador.

—Es cuestión de momentos. Y fíjese en la manera cómo voy a ejecutar esta operación, que le aseguro que no ha visto hacerla

igual. Soy el único en el pueblo y acaso en el país, que emplea este nuevo y maravilloso procedimiento.

—¡Conforme! Vamos al grano—dijo el caballero.

Eloy, que daba gracias al cielo por haberle deparado una buena ocasión para lucir sus habilidades ante persona tan principal, cogió el cuchillo de que se había servido Nuestro Señor, y va al caballo y le costó no poco trabajo cortarle la pata.

Pero no fué sola esta dificultad, porque al clavar el cuchillo en la rodilla del animal, con la herida que le produjo encabritóse el caballo y empezó a dar coces y por si esto fuese poco, su dueño gritó estentóreamente:

—¿Qué haces? ¡Maldito herrero que estropeas mi caballo! ¡Ya te ajustaré yo las cuentas!

—No pase cuidado, que ayer mismo se hizo en este taller una operación exactamente igual.

Al oír estas razones, el hombre cesó de chillar.

El pobre herrador, empero, no las tenía

todas consigo. De una parte, se encontraba con que a este caballo le manaba sangre de la herida, y al otro no, a éste cualquier percance que le ocurriera, era él sólo el responsable, y al otro le herraba su propio dueño, pero se revistió de valor y aun se le ocurrió pensar todavía en lo de que era o al menos se titulaba maestro entre los maestros, y, afectando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, cogió la pata del animal y la sujetó al torno para clavarle la herradura.

Entre tanto, la sangre que manaba de la pierna del caballo formaba un charco en el suelo del taller.

Eloy, una vez tuvo colocada la herradura en su punto, se fué a pegarla, pero así que el caballo se sintió tocar la parte dolorida, disparó unas cuantas coces, teniendo que sujetarlo para que el herrero pudiese proceder a la adherencia de la pata a la pierna de donde fué separada.

¡Pero que si quieres! Por más que obró exactamente igual que lo viera hacer a Nuestro Señor, en modo alguno tuvo la sa-

tisfacción de que la pata quedase pegada allí.

El dueño, que ante las promesas y esperanzas que le daba Eloy, se había apaciguado un tanto, volvió a vociferar de lo lindo.

—¡Ay herrero del diablo! ¿Por dónde salen tus habilidades? Di, mentecato, ¿cómo vas a arreglártelas para indemnizarme de la pérdida de mi caballo?

Eloy no supo decir sino:

—Es muy extraño lo que sucede. Ayer se herró aquí un caballo de esta misma manera.

El herrero sudaba sangre y agua. En vano juntaba la pata a la pierna de donde la sacara. Ni por asomo quería pegarse.

En esto acertó a pasar por aquella casa el mismo transeúnte del día anterior; abrióse paso entre la gente que había atraído allí los denuestos que profería el dueño de la caballería y lo insólito del caso.

—¿Qué te pasa, maestro Eloy —dijo al atribulado herrador, sonriente y bondadoso.

—Ya veis, Señor, he querido herrar este

caballo tal como lo hicisteis Vos ayer, y ya veis el fracaso.

La soberbia y vanidad del herrero estaban quebrantadas y heridas de muerte. Ya no hablaba con aquella jactancia que solía usar, sino que humildemente añadió:

—¡Sacadme del apuro, os lo ruego!

Jesucristo, con la misma sencillez que hace todas sus cosas, accede a la ferviente plegaria del herrero y, cogiendo la pata del caballo, la pone en contacto con la pierna de donde fué cortada, con cuya simple aproximación queda adherida a la pierna como si en su vida hubièse sido desprendida de ella.

El caballo relinchó de gozo; su dueño torció el cuello como quien dice: ¡Por fin se arregló el caso! La gente, admirada del prodigio, prorrumpió en aclamaciones al desconocido transeúnte.

—¿Y tú, Eloy, nada me dices —preguntó el Señor.

—¡Desde el fondo de mi alma os agradezco el favor que me habéis hecho! ¡Gracias os sean dadas! Lo que no acierto a comprender es cómo habiendo verificado la ope-

ración exactamente igual como vos la hicisteis, a mí no me resultó igual. Cortando vos la pata, no hicisteis sangre al caballo; ni tan siquiera daño, porque para nada se quejó, y en cambio, al cortarla yo manó sangre de la herida que le produjo a la bestia; además, no observé que para pegar la pata hicieseis cosa alguna sino juntarla a la piedad, con lo cual quedó enganchada, y en cambio, ya habéis visto lo que me ha pasado.

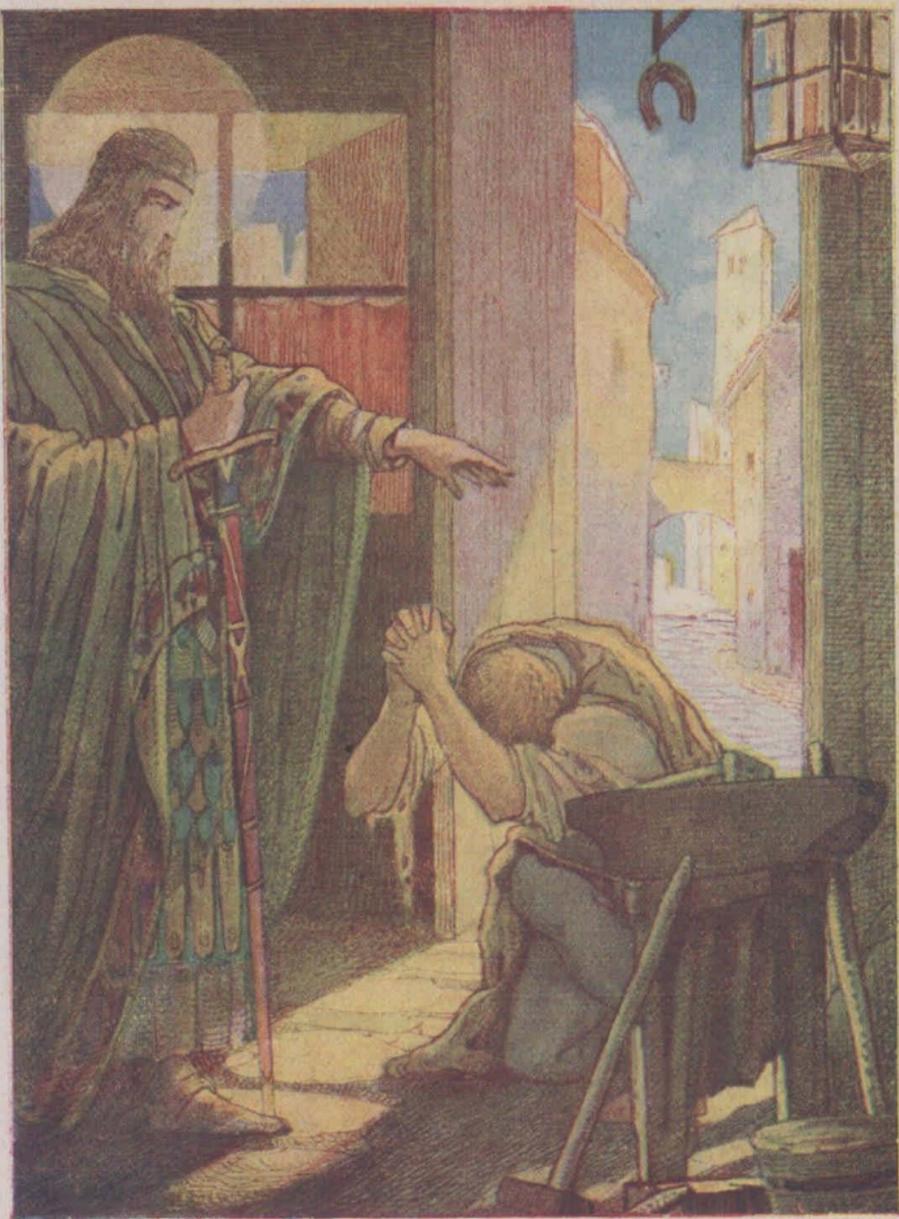
—¡Eloy, Eloy! ¿Y lo sucedido, nada te dice?

El herrero, que en aquel instante dirigió la vista al Maestro, tiernamente conmovido, vió rodeada la cabeza del desconocido de una aureola de gloria que iba resplandeciendo, resplandeciendo...

—¡Ah! — exclamó arrodillándose a sus pies—. ¡Señor! ¡Señor! Finalmente vengo en comprender vuestra grandeza y mi pequeñez. ¡Perdonadme!

—Levántate y sé humilde. Yo quería hacer de ti un gran santo e ibas tornándote un hombre lleno de soberbia. ¡Sé bueno, Eloy!

Y Eloy fué bueno y santo.



—¡Ah!—exclamó arrodillándose a sus pies.



LA MADRE DEL PAPA

Una vez se estaba un molinero junto a su molino y vió venir por la corriente del río una cajita blanca muy adornada.

Llamándole la atención, se las arregló de manera que la sacó del agua, creyendo que contendría algún tesoro. Pero con gran extrañeza vió que no contenía ningún tesoro, sino que dentro de la cajita había un niño recién nacido envuelto en ricos pañales y con un papel que decía:

“Es bautizado y se llama Gregorio.”

Los molineros no tenían hijos y recibieron este envío como un don del cielo. Tanto el marido como la mujer eran de muy buena

pasta, y por esta razón el niño fué recibido con la mayor alegría y, por tanto, se dieron buena maña a buscarle una buena nodriza para amamantarlo.

Creció el niño en medio del regalo, porque los molineros estaban en buena posición y cuando llegó la edad de mandarlo a la escuela, no regatearon medio para que el maestro hiciese de Gregorio un muchacho instruído.

Se distinguió muy pronto por su aplicación y su buen comportamiento, de tal manera que en cada una de las secciones a que iban cambiándole, era siempre el primero de la lista.

Esto le atrajo la animadversión de aquellos condiscípulos díscolos, a quienes el maestro había de castigar con alguna frecuencia.

Un día, en el calor de una refriega, uno de esos muchachos le dijo a la cara:

—¿Dónde va el bastardo sábelotodo?
¡Bastardo!

—¡Mientes, bellaco!—contestó Gregorio.
Pero cual si un alfiler se le hubiese clava-

do en el alma, se puso triste y se fué a su casa cariacontecido.

—¿Qué tienes, hijo mío de mi alma? —preguntó la molinera.

—Es que un muchacho de la escuela me ha llamado bastardo—repuso Gregorio con tristeza.

—¡Ya verás cómo eso no vuelve a suceder! ¡Dime su nombre e iré a encontrar a su madre para que haga callar a esa mala lengua!

Efectivamente, el muchacho en cuestión, nunca más le dijo la palabrota, pero fué otro muchacho quien se la enjaretó, un día estando en el patio de juego:

—¡Quita allá! ¡Bastardo, más que bastardo!

¡Oh! Había para morirse de vergüenza. De ser ello cierto, se vería en la precisión de abandonar el molino.

Llega allí después de mucho llorar y le dice a la molinera:

—¡Fulano me ha llamado también bastardo!

—Ya iré a contárselo a tu madre y ya verás como te deja en paz.

A lo que observó el niño:

—Es que si en realidad lo soy, no debierais de ocultarme esta condición, porque le he propinado una buena paliza al que me ha motejado y, hoy aquí, mañana allí, si es verdad que no soy bastardo, no quiero aguantar el insulto.

La excelente mujer calmó su excitación y le aseguró que nada había más lejos de la realidad.

Consolóse el muchacho y volvió de nuevo a la escuela tan contento, en donde nada pasó durante unos cuantos días; pero una tarde, al regresar al molino, un arrapiezo, como quien dispara una honda, suelta el insulto:

—¡Bastardo! ¡Allá va el bastardo!

El pobre niño no pudo más. En lugar de correr tras el muchacho que le recordaba su desconocido origen, como a ello le incitaba su geniecillo, se va corriendo al molino y les dice a los dueños, que estaban juntos:

—¡Ha llegado el momento decisivo de mi vida! He de marcharme.

—¿Adónde, hijo?—contestó la molinera.

—¡No sé! Pero debo marcharme, porque sufro demasiado. Un muchacho ha vuelto a llamarme bastardo, y va por tercera vez, lo cual me confirma que es verdad y que vosotros queréis ocultármelo.

La buena mujer, llorando desconsolada, abrazó al niño tratando de calmarle; pero viendo que era inútil, de común acuerdo con su marido le contó la verdad de todo.

—Es cierto, Gregorio querido, cuanto han dicho esos muchachos; pero de no haber llegado a tus oídos, aquí habrías permanecido, porque ya ves que te queremos como a la niña de nuestros ojos. Has de saber—añadió—que llegaste al molino colocado en una cajita y nosotros te recogimos y te hemos cuidado con todo esmero. Los pañales en que ibas envuelto, así como el papel que llevabas prendido de un alfiler, y la caja misma, todo te lo guardamos, esperando que algún día han de servirte para acreditar tu personalidad.

Sacó la molinera lo antedicho, con más una bolsa de doblones que iba dentro de la caja, y entregóselo al muchacho.

—Esto es tuyo—dijo—y podrás llevártelo junto con lo que yo añadiré para que nada te falte en tu marcha.

Y habéis de saber que, cargado con la cajita y un hatillo en que la buena mujer puso todo aquello que su cariño le dictó, marchó Gregorio del molino, después de recibir muchos y muy tiernos abrazos de la molinera y los más prudentes consejos del molinero.

Pues, señor, llegó Gregorio a una ciudad y al pasar por delante de un palacio, vió salir a una gran dama.

Detúvose ella, paróse el muchacho y le preguntó:

—Señora, ¿acaso podríais admitirme en condición de criado?

—Ando buscando uno que sepa leer y escribir—contestó la dama con dulzura.

—Sé ambas cosas—contestó Gregorio.

Llevóle a su escritorio y, dándole un libro a leer, el chico leyó correctamente un trozo escogido al azar.

—¡Muy bien! Veo que sabes leer a la perfección. Toma ahora este papel y escribe lo que te dictaré.

Cogió el chico papel y pluma y escribió con tanta soltura lo que le dictaron, que la señora quedó maravillada de su habilidad en escribir y de su conocimiento de las reglas de Gramática.

—Algunas cuentas, ¿sabrías sacármelas? —añadió.

—Probemos — contestó humildemente Gregorio.

Le propuso la señora algunos problemas y todos los resolvió seguidamente sin titubeos, como la cosa más natural del mundo.

—¡Muy bien! Reúnes las condiciones necesarias para ocupar el cargo que está vacante. Desde hoy, si quieres, puedes entrar a mi servicio—dijo la señora levantándose.

Entró Gregorio en la casa. Señaláronle un aposento y a él llevó todo su modesto equipaje, esto es, la caja y el hatillo de ropa que al salir de su casa le dió la molinera. Pronto, muy pronto se captó las simpatías y la estimación de cuantos hubieron

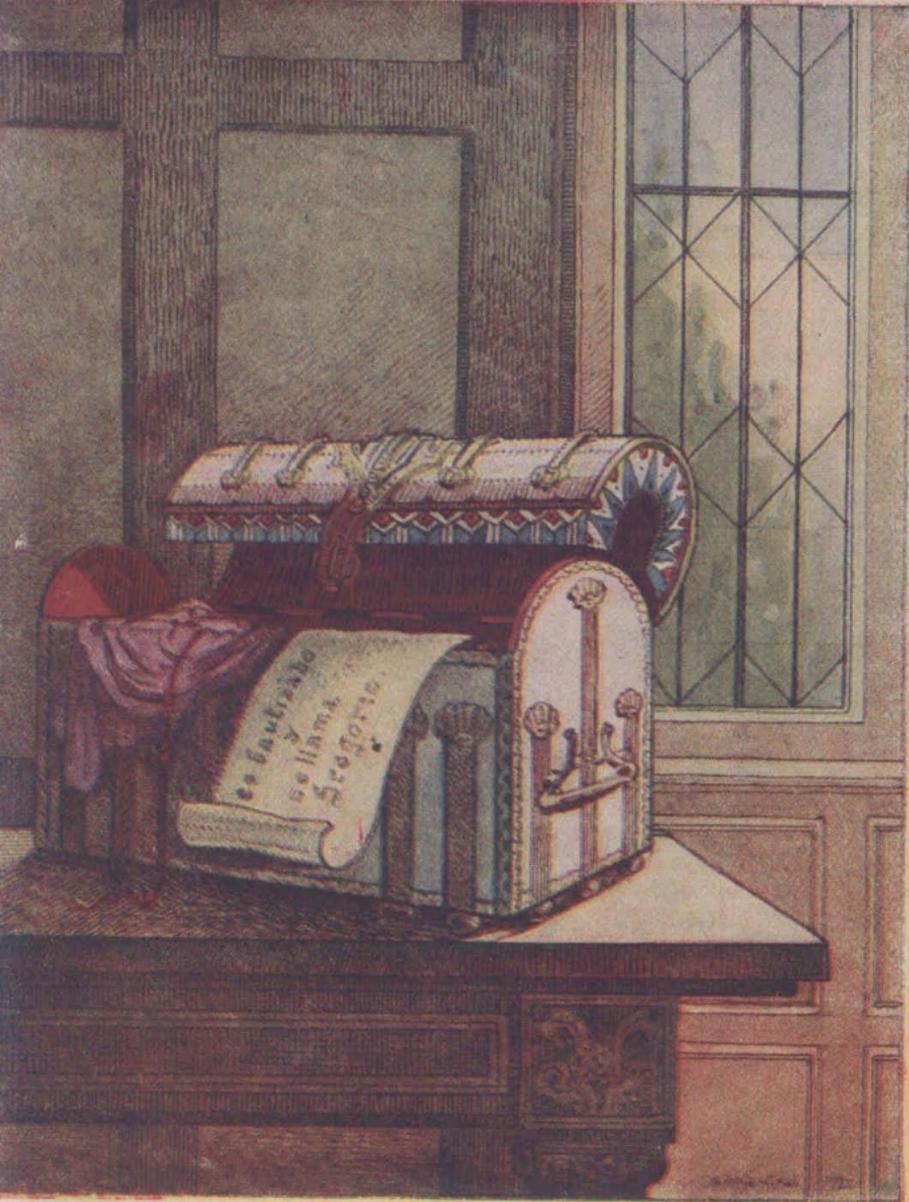
de tratarle, por la bondad de su carácter, por su diligencia en desempeñar cualquier servicio que se le confiara y por el orden que ponía en todo asunto o menester que estuviese a su cargo.

Sucedió, sin embargo, que las criadas la tomaron con él porque no podían entrar en su habitación para limpiarla. El caso era éste. Gregorio, indefectiblemente, al salir de su cuarto, lo cerraba con llave y se la guardaba en el bolsillo.

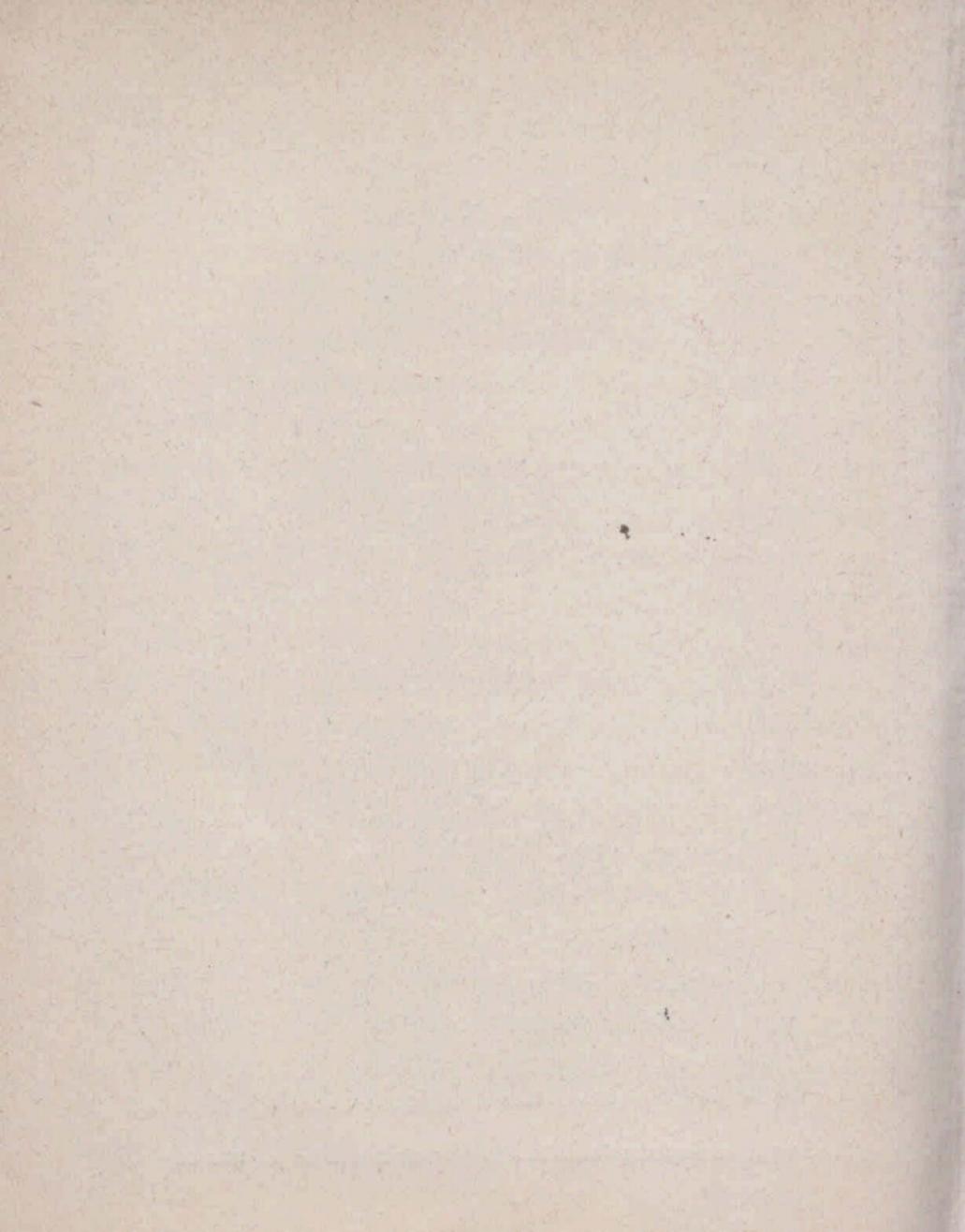
Alegando que no podían hacer la limpieza del susodicho cuarto de Gregorio, y mejor que otra cosa, porque la curiosidad les aguijoneaba, fueron a contarle a la señora, quien experimentando la certeza de la denuncia, se las arregló de manera que mandó a Gregorio a un recado que hubiese de retenerle toda la tarde fuera de la casa.

Envía a buscar un cerrajero y manda abrir la puerta.

Poca cosa al parecer encontraron dentro. Pero lo que en seguida llamó la atención de la dueña, fué una cajita que, llena de curiosidad, se dispuso a abrir seguidamente.



...lo que en seguida llamó la atención de la dueña fué una caja



Tan pasmada se quedó al ver su contenido, que dió vuelta a la llave y se quedó examinándola.

No volvía de su asombro al tener en sus manos los objetos que años atrás le pertenecieran.

Ocupada en semejante examen, y meditando y llorando, no se dió cuenta de que el tiempo pasaba y de que Gregorio podía regresar de un momento a otro, como así fué.

Va el chico para abrir la puerta y se halla con que estaba cerrada por dentro. Al aperibirse la señora, corre el pestillo y entra Gregorio. Júzguese de su asombro al encontrar dentro de su cuarto a la dueña de la casa, y doblemente al ver esparcidos sobre la cama todos cuantos objetos tenía bien guardados en ella.

—¡Señora!—dijo al entrar.

—Ven, Gregorio, ven, y cierra nuevamente la puerta, porque hemos de hablar sin testigos largo y tendido. Estos objetos me han dicho con toda providencia tu ignorado origen, pero ahora voy a revelártelo. Yo soy tu madre, pero antes permíteme que te es-

treche en mis brazos, luego escucha y júzgame.

Gregorio lanzóse a los brazos de su madre y enternecido murmuró unas palabras de excusa.

—Has de saber — continuó ésta—, que con tu padre encomendamos tu nacimiento al diablo, y así que tú viniste al mundo, nos horrorizó tanto el medio de que nos habíamos valido, que sin pensarlo, bien, decidimos deshacernos de ti, para que tu presencia no fuese para nosotros un motivo constante de tortura.

Madre e hijo, sin soltarse del abrazo que se dieran, lloraban amargamente.

—Nunca más supimos qué había sido de ti—siguió diciendo la madre—, y presa de los mayores remordimientos, murió tu padre. Yo, aun cuando Dios sólo sabe lo que ha padecido mi alma, he venido soportando los sufrimientos, si bien ha querido el cielo que no muriese, para tener sin duda el consuelo de abrazarte y de vivir juntos y no separarnos jamás.

Anonadado quedó Gregorio al oír la re-

velación de su madre; pero repuesto un tanto, le preguntó si se había confesado de su acción.

Su pregunta quedó sin respuesta.

—¡Os preguntaba, madre, si confesasteis vuestro pecado!

—No me he atrevido—contestó la señora, avergonzada.

—Pues, madre mía, creo del caso que vayáis a confesaros con el obispo.

—Me parece bien tu consejo, y mañana mismo partiré para la capital del Obispado.

Fuése la madre de Gregorio hacia la ciudad y en seguida en busca de la Catedral, donde halló al Prelado dispuesto a oír su confesión.

Ella depuso humildemente su pecado y aguardó la penitencia que se le impuso.

El Obispo, después de oída su confesión, dijo sencillamente:

—En penitencia de su pecado repartirá todos sus bienes a los pobres y marchará, vestida de peregrina, a tierras desconocidas, hasta que Dios se dignase hacerle conocer que está perdonada.

Marchó a su casa la señora y le contó a su hijo la penitencia que le había impuesto el Obispo, a lo que contestó Gregorio:

—Madre mía, no perdáis un momento y andad con Dios a peregrinar por el mundo haciendo penitencia, como se os ha mandado. Yo, por mi parte, uniré mis oraciones a las vuestras hasta que logremos alcanzar vuestro perdón.

La señora realizó todos sus bienes, los repartió a los pobres y marchó vestida de peregrina a recorrer el mundo, e hizo mucha, mucha penitencia.

Gregorio marchó a su vez en dirección opuesta y, al pasar un día por cierto paraje solitario, llegó hasta donde quedaban las ruinas de un castillo que se levantara años atrás sobre un picacho casi inaccesible.

Pareciéndole el lugar muy adecuado para encomendarse a Dios y rogar por que su madre fuese perdonada, decidió quedarse allí, máxime cuando hubo encontrado una fuente cuya agua apagaba la sed y servía de alimento.

Pasaron años, y habéis de saber que por

aquel entonces murió el Santo Padre, y los cristianos, según usanza de la época, se apercibieron a elegir el que había de ocupar la silla de San Pedro.

Se reunían en la iglesia más grande de Roma, la capital de la Cristiandad, y allí descendía el Espíritu Santo en forma de paloma, colocándose encima de la cabeza del elegido. Y aquél era el Papa por todos admitido.

Pues, señor, se reunieron los cristianos según costumbre, y a poco hizo su aparición la paloma, que revoloteó encima de la cabeza de los reunidos, sin posarse en ninguna. Luego salió del templo, y los cristianos tras ella, hasta ver adónde iba a parar.

Tras de remontarse, fué rodeando el castillo derruido y finalmente entró en él, yendo a posarse sobre la cabeza del solitario.

Los cristianos, que seguían las evoluciones de la paloma, pudieron cerciorarse de que era voluntad divina la elección de aquel penitente, a quien encontraron de rodillas con la paloma en la cabeza.

—¡El Papa! ¡El Papa! ¡Este es el elegi-

do!—y se prosternaron a sus plantas para que les bendijese.

Fuése a Roma y ocupó su puesto, llamándose el Papa Gregorio.

La noticia de la elección de un nuevo Papa corrió por todos los ámbitos del mundo, y, sin saber en quien había recaído, llegó finalmente a oídos de la madre de Gregorio.

Aun cuando se había entregado a la penitencia con todo su ardor, recibió la inspiración de que debía trasladarse a Roma para confesarse con el Santo Padre, a fin de saber si Dios la había perdonado.

Fué allá y se confesó con el Papa, y éste, con gran extrañeza de su penitente, la mandó que aquel día fuese a comer con él a su palacio.

—¡Soy indigna de esta distinción, Santo Padre!—repuso la peregrina.

—Dejáos de humildades y os aguardo a comer conmigo.

Fué la peregrina a comer con el Papa y al finalizar le dijo:

—Dios os ha perdonado, y yo, por mi parte, voy a haceros un regalo.

Y entrando en su aposento, salió de él al poco rato, llevando la cajita en que un día fué arrojado al río.

—¿Tú, hijo mío, Padre Santo de Roma?
—y cayó arrodillada a sus pies, abrazándole.

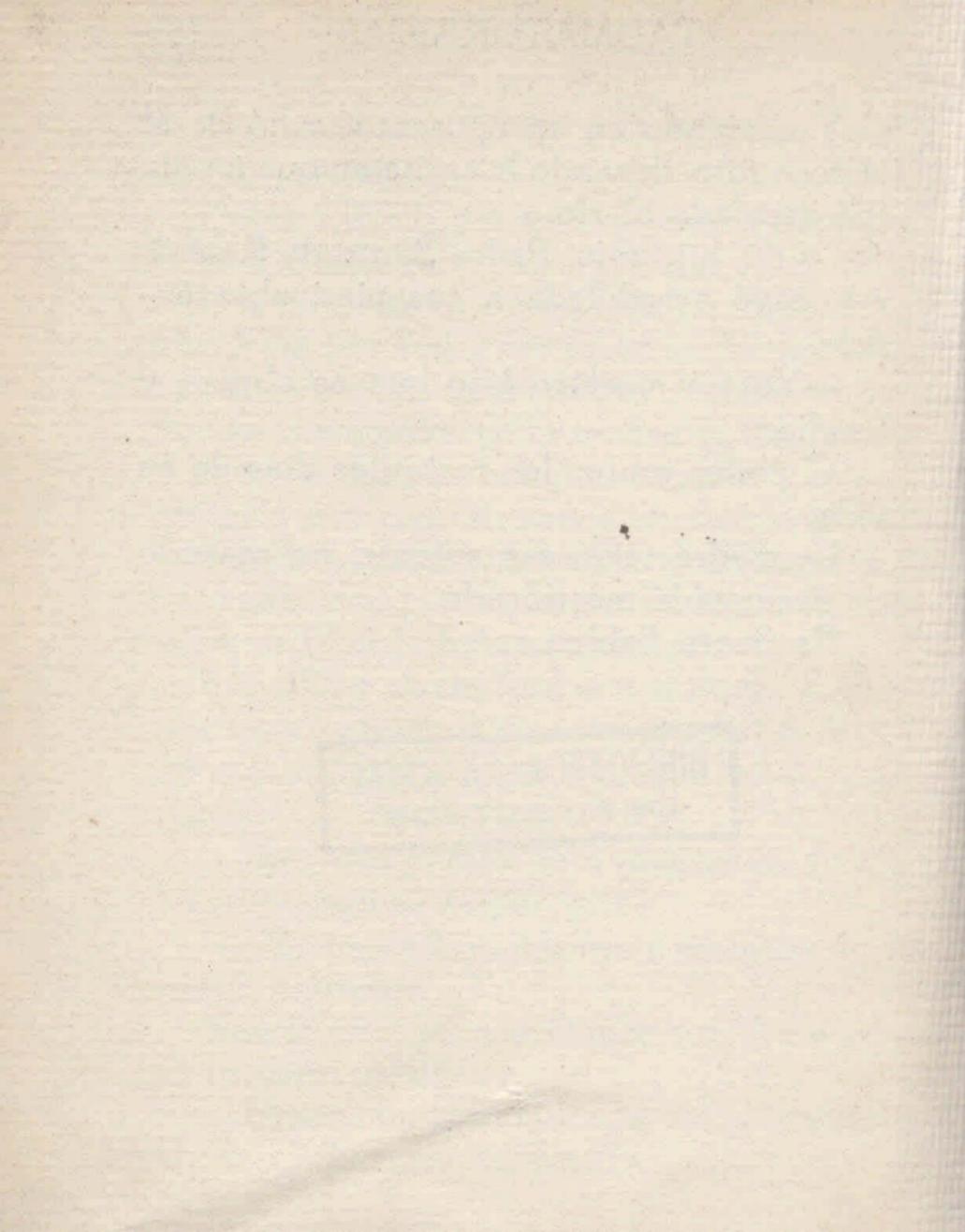
—Yo soy vuestro hijo que os abraza y bendice.

Vivieron juntos los restantes días de su vida.

La madre vivió santamente, no cesando de hacer vida mortificada.

Es Santa Sabina.





LOS GRANDES HECHOS DE LOS GRANDES HOMBRES

Cristóbal Colón. Su vida y viajes.
Alvar Núñez Cabeza de Vaca.
El Gran Capitán.
Juan Sebastián el Cano.
El Cardenal Cisneros. Su vida.
Julio César.
Hernando de Magallanes
Fray Luis de León.
Miguel Angel.
Francisco de Goya.
Calderón de la Barca y sus Autos.
Benjamín Franklin.
Miguel Servet.
Jorge Washington.
El Duque de Alba.
Don Juan de Austria.
Miguel de Cervantes.
Leonardo de Vinci.
Carlomagno.

Alejandro Magno.
Luis de Beethoven.
Ricardo Wagner.
Simón Bolívar.
Francisco de Quevedo.
Horace Nelson.
Enrique Stanley.
Séneca.
Vasco Núñez de Balboa.
Pericles.
Gutenberg.
Arquimedes.
Ponce de León, descubridor de la
Florida.
El General San Martín
Thomas Alva Edison
Federico el Grande
El Capitán Cook

PAGINAS BRILLANTES DE LA HISTORIA

Historia de las Cruzadas.
Francisco de Pizarro.
Hernán Cortés.
Isabel la Católica.
Raimundo Lulio.
Jerusalén Libertada.
Juana de Arco.
Los Héroes de Trafalgar.
María Estuardo.
María Antonieta.
Don Alvaro de Luna.
Almanzor.
Alí-Bey.

Teresa de Jesús.
Alfonso X el Sabio.
Los Incas.
Sagunto.
Numancia.
Los Comuneros de Castilla.
Los Almorávides.
Sócrates.
Los Vikings.
Juan Antonio Sucre.
Ambrosio Paré
Alarico

LUJOSA PRESENTACION

9 artísticas láminas en color cada tomo
Encuadernados en tela con plancha dorada,

Ptas. 3.

